

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID.—Jueves 29 de Diciembre de 1870.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración y Pedagogía de este periódico.
Visita, núm. 8, cuarto segundo, de la izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio medio, á por medio de libranzas del Giro postal, ó de las de la Administración; de esta última manera, á bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se le dará la suscripción en libranza.

En París, D. José Riera y Alfranca, 30, rue Chapelle.
El importe de las suscripciones que se envíen por casiqueros ó de giro, se repite que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

NUM. 273.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MES. TRIMESTRE.

En Madrid, 40 rs. 30 rs.
En provincias, 45 rs. 35 rs.
En el extranjero, 50 rs. 40 rs.
En las Antillas, 55 rs. 45 rs.
En Filipinas, 60 rs. 50 rs.

Número suelto, un real.

Muestras las atenciones del periódico no lo impide, se su-
ministra remitidos y comunicados á precios convencionales, y
remitidos á medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, á excep-
ción de los lunes y las grandes festividades del año.

AÑO I.

En nombre de nuestros apreciables y con-
secuentes amigos políticos de Alcalá de Guadaira,
se han adherido al manifiesto de nuestro partido
los señores:

D. Isidoro Díaz y Cos y D. Manuel Carles y Lira.

En las adhesiones al manifiesto de nuestro par-
tido de Caldas (Pontevedra), se omitió el nombre
de nuestro consecretario político, D. Baltasar
Camba, y por error de imprenta se pusieron
los de D. Juan Ramón Vazquez y D. José de Ve-
llón, en vez de D. Juan Ramón Mosquera y don
Cesáreo Villar y Larrazabal.

CRONICA PARLAMENTARIA.

El atentado cometido en la noche de anteayer
en la persona del conde de Reus, y la modifica-
ción del gabinete á que dió lugar ese lamenta-
ble suceso en la forma que menos podía esperarse
y que sorprendió, por lo tanto, á todo el mundo,
habían producido una natural curiosidad. Se de-
seaba oír las explicaciones que el Sr. Topete da-
ría en las Cortes sobre su presencia en el banco
ministerial, presidiendo una situación que, no es
la suya, y cuando todavía resuena en el Congre-
so el eco de las palabras que, en ocasión muy
reciente, pronunció declarándose él propio inca-
pacitado para el mando.

La expectación era grande; nunca, sin em-
bargo, se ha visto más defraudada que en la sesión
de ayer.

El Sr. Topete, como acabamos de decir, había
sentado el principio de que el militar que rompe
la disciplina no debe ejercer mando alguno, y re-
conociendo en sí esa incapacidad, había resuelto
retirarse; determinación en que influía al propio
tiempo el deseo de que se viera que no había hecho
del acto de rebelión que consumó en Cádiz el es-
cabel de su fortuna. El Sr. Topete había hecho la
revolución en beneficio ó por afecto á un prin-
cipe que no es el que las Cortes constituyentes han
elegido. El señor Topete había votado á ese otro
príncipe, conservaba hacia él sus invariables afec-
ciones, y al votar le demostraba su opinión de que
no creía conveniente al país la candidatura pro-
puesta por el gobierno. En una palabra, el señor
Topete estaba divorciado de la situación y se sen-
taba en los bancos de la oposición.

¿Cómo explicaría ese cambio de postura? ¿Cómo
concordaría satisfactoriamente sus recientes de-
claraciones con su nueva actitud? He aquí lo que
todo el mundo preguntaba, lo que todo el mundo
ansaba saber.

Con un discurso no muy bien aprendido, y que
algunos maliciosos suponían ser de préstamo,
trató el nuevo presidente del Consejo de minis-
tros de dar satisfacción á esas curiosidades; pero
la empresa era árdua y muy superior á las esca-
sas fuerzas oratorias del Sr. Topete. No nos atre-
vemos á decir que sus palabras no respondían á
su idea, porque ignoramos si tenía alguna, ó á
lo menos debía ser esta tan embrollada como
fueron aquellas.

Los argumentos con que trató de justificar el
salto de trampolín que acaba de dar, no fueron ni
más ni menos sino que el regente, ante el lecho
del general Prim, le alargó la mano y le pidió que
salvase la revolución, poniéndose al frente del
ministerio; y él que se debe á la patria, alargó á
su vez la suya al general Serrano, y se prestó al
sacrificio.

¿Quiéren nuestros lectores cosa más patética?
¿Cómo había de resistirse el Sr. Topete?

No podía ser.

Parécenle algo raro á los políticos superficiales
y no versados en las profundidades de los hom-
bres de la revolución, ver colocado al frente de
un gobierno progresista, accidentalmente, y solo
para traer al rey que este partido ha escogido
para su uso particular, al hombre más significa-
do en su afecto á otra candidatura.

También parecerá discordante esta conducta
con las manifestaciones terminantes que ayer
hizo de que continuaba y continuará siendo fiel
á aquel sentimiento; pero eso consiste en que la
raza de políticos que nació al calor de las sal-
vas de la escuadra de Cádiz y de los cañonazos
de Alcolea, usa de procedimientos que escapan á
nuestra pequeñez y á nuestras rancias ideas.

Hasta ahora, ningún hombre político había
presidido gabinete alguno que no viniera á re-
alizar una idea común, siendo el presidente la ge-
nuina representación de esa idea: hasta ahora
todos habían declinado la honra de aceptar se-
mejante cargo, cuando no podían conseguir la
uniformidad de pensamiento en las personas que
se llamaban para la formación del ministerio. Re-
servado estaba á los hombres de la revolución ba-
rarse como se han barajado indistintamente, y
hacer tan inauditos sacrificios de sus convic-
ciones.

El patriotismo es la palabra que se invoca pa-
ra todas las evoluciones, y todas las explica sa-
tisfactoriamente. Viene bien á todas las medidas
y es como la esponja que borra de la pizarra las
operaciones matemáticas que han salido mal, pa-
ra hacer otras que salgan bien.

Y ya que hablamos de matemáticas, debemos
conseguir que la presencia del Sr. Topete, unio-
nista y montpensierista, al frente de un minis-
terio progresista y asistista, tiene una explicación
matemática: la de que los ángulos opuestos por
el vértice son iguales.

Hallada esta explicación es inútil que nos rom-
pamos los cascos buscando otra, porque la tiene,
á no ser que quisieramos en el nuevo presiden-
te del Consejo el deseo de imitar al general Iz-
quierdo en el acto de la votación del inolvidable
16 de Noviembre.

Está visto que los hombres de Setiembre lo
mismo sirven para un berricho que para un fre-
gado; pero en rigor de justicia, los firmantes de
las felicitaciones que se dirigieron hace pocos
días al Sr. Topete por su discurso de oposición y
sobre todo, por su resolución de renunciar al
mando, debían pedir la devolución de aquellos
documentos y desistirse de la comida que, según
nuestras noticias, tienen proyectada.

Si el Sr. Topete estuvo ayer desgraciado, si ni-
quiera tuvo el manto de la elocuencia para cu-
brir la pobreza de las razones que alegó para es-
plicar su presencia en el banco ministerial, el
presidente de la Cámara, el Sr. Ruiz Zorrilla, tan
aficionado á pelear así desde su sillón presiden-
cial como á los postres de una comida en la fra-
gata *Villa de Madrid*, completó el cuadro grotesco
de la sesión de ayer con un discurso en que dijo
tantos despropósitos como palabras.

No extrañaríamos que hubiese habido en él al-
gun desorden en la hilación de las ideas, pues su
señoría nos manifestó que hablaba bajo una pe-
nosa impresión; pero es el caso que, para decir lo
que dijo el Sr. Ruiz Zorrilla, se necesitaba una
gran serenidad.

Era muy natural que dedicase palabras de afecto
á un amigo, que lamentase su desgracia, que re-
probese el atentado de que ha sido víctima. Sus
palabras en este caso hubieran hallado eco; go-
mo no lo habían de hallar en todos los corazones no-
bles y dignos; pero acudió al repertorio progre-
sista de las recriminaciones injustas, á los efectos
de brocha gorda y á la patrioteria de siempre. Se
lamentaba de que en vez de haber sido víctima el
general Prim del atentado que en su persona se
ha cometido, no lo hubieran sido los hombres de
las situaciones anteriores á la revolución, á quie-
nes calificó como acostumbrados.

Su discurso participó de lo trágico y de lo có-
mico, y si no se acreditó como presidente serio y
circunspeto de una Cámara, hizo con su des-
testable declamación, y estravagante mímica,
méritos para figurar en una compañía de actores
de la legua que podrá aprovechar si la in-
constancia de la fortuna le aleja de las esferas del
poder reduciéndolo á su antigua condición. Unica-
mente permitimos recomendarle que evite
darse en el pecho los fuertes y sonoros puñetazos
que ayer se daba, porque irremediablemente pa-
decería del pulmón y se inutilizaría para la pro-
fesión á que le llama su aptitud.

El primer acto del Sr. Topete en el ministerio,
ha sido pedir una autorización para suspender las
garantías constitucionales.

Por grave y deplorable que sea lo sucedido, no
estaba en modo alguno justificada una medida
de tanta importancia, tan trascendental para to-
da la nación; pero los mas amantes de esas garan-
tías, los que mas las tienen siempre en la boca,
son los mas propensos á retirarlas cuando el más
pequeño temor invade sus ánimos.

Ya verán nuestros lectores por el extracto que
en su lugar publicamos, la discusión que motivó
la proposición presentada por varios individuos
de la mayoría concediendo un voto de confianza
al gobierno, al presidente de la Cámara y al re-
gente. Hubo escamoteo de palabras y sustitución
de unas por otras en la lectura, pero todo quedó
orillado y pasó á las sesiones.

Hoy tendrá lugar su discusión y votación.

No nos hemos ocupado del Sr. Ayala porque
no es mas que un planeta del Sr. Topete, y nada
dijo en la sesión de ayer. Está escarmentado, y
recordará que el hablar le costó en otra ocasión
la salida del ministerio.

AUGURIOS Y ANALOGIAS.

III.

Entre los obstáculos que ha de encontrar el
nuevo rey, y que hemos calificado de peculiares
de nuestra España, es el primero el de la mal se-
guida consecuencia y firmeza, ya de una, ya de
otra clase de nuestro ejército. La historia está ahí
que no nos dejará mentir. Unos cuantos coman-
dantes de batallón ó regimiento hacen el año 1820
el levantamiento de Las Cabezas de San Juan.

Veinte años después, en el *Mas de las Matas* y
en Barcelona, el grito militar arroja de España á
la reina Gobernadora. En 1843 la batalla de Arzoz
pone término á la regencia de Espartero. En 1854
una revista de monturas casi pone en cuestión por
primera vez la dinastía, y de cierto derriba la
Constitución entonces vigente. En 1855 las Cortes
Constituyentes se disuelven á cañonazos. Una su-
blevación militar de la peor índole, aunque veni-
da y todo, es causa, en 1866, de la caída del ge-
neral O'Donnell; y en 1868, los buques de la es-
cuadra en Cádiz, y los cañones del puente de Al-
colea, dan al traste con el gobierno, la Constitu-
ción, el monarca, la dinastía, y hasta con la uni-
dad religiosa de nuestra patria.

Otras muchas sublevaciones omitimos, porque
sería larga tarea reseñarlas todas, pero la verdad
es, que de estos movimientos militares han surgi-
do unas veces, charreteras y galones para los sa-
rgentos, otras entorchados de oro y de plata para
los comandantes; cuando bastones y virreinautos
para los generales, cuando la regencia para los su-
premos caudillos. La novísima y moral teoría del
Sr. Topete, que no puede andar quita una vez
se ha sublevado, es doctrina *nunca practicada*, y
letra muerta mas que para nadie para los parcia-
les del nuevo rey.

Puede por consiguiente este, estar seguro de
que no haya en el ejército que va á mandar, fu-
ria de ascensos ó sed de entorchados? ¿Quién me-
jor podrá sacarle de este error, que los mismos
generales que mas inmediatamente le rodean?

Ellos le dirán cómo y con qué fin, cada direc-

tor ó cada ministro de la Guerra, de los que bri-
llan en la política, trata á toda costa de encun-
brar á sus personales amigos; de hacerse parcia-
les y adeptos como si se tratase mas bien de em-
prender una conquista y colonización de tierra es-
traña, que no de administrar la fuerza pública del
Estado por reglas preexistentes y según méritos
ya contrados.

Pero decimos que puede informarse el nuevo
rey de los generales que le cerquen, y bien pensa-
do, aun esto le ha de ser difícil. Del célebre triun-
fado de Setiembre, han desaparecido ya, ante
todo, el iniciador, aquel arrojado capitán del
puerto de Cádiz, el Sr. Topete, sin el cual, á de-
cir de sus mismos cómplices, no hubiera podido
realizarse la sublevación militar y el quebranta-
miento de la disciplina. Este arremetido conspi-
rador, aterrado á la vista de su propia obra, se
crece en el deber de sacrificar á la memoria de su
dignísimo padre y de los nobilísimos generales
de la armada, el puesto mismo que ocupa en ella.
Si bien hoy, por una aberración progresista, y
con motivo del odio atentado cometido con el
general Prim, se halla internamente, y sin saber
cómo, al frente del gobierno. ¿Qué sorpresa le da
Aosta, encontrarse con que uno de sus más de-
cididos adversarios es el primero que se le va á po-
ner de hijinos en el puerto de Cartagena?

Síguese el duque de la Torre, el vencedor de
Alcolea, aquel mismo general Serrano, que era
ministro universal contra Espartero, que era in-
fluencia poderosa en 1847 con la reina Isabel, y
que por no repetir un demasiado largo capítulo de
historia, ocupa hoy la regencia.

Pues este, desde las alturas supremas del Es-
tado, con la autoridad que le da el conocimiento
de los partidos, y por cierto que él los ha visto de
cerca á todos; con la experiencia que cuenta de
pronunciamientos y sublevaciones, ora vencedo-
ras, ora vencidas por él, no encuentra mas que
una palabra que decir al futuro rey, y esa pala-
bra, según cuentan, no es *VENIR*, sino *ESPERAR*.

Queda, pues, solo Prim. Prim como garantía
de firmeza en el ejército, Prim como guardador
supremo de la disciplina.

Pues bien, la historia, la biografía de este per-
sonaje, es tan conocida, está tan reciente y elo-
cuentemente compendiada en el Parlamento es-
pañol que no hay para que repetirla. Su actual
situación nos obliga á ser parcos, y en dos pre-
guntas, ó mejor dicho en dos deseos, vamos á
compendiar el ataque y la defensa del noble y
leal general Prim: su adversario Pí y Margall ha
dicho que los hombres políticos como las mujeres
tienen su *pudor*, y que Prim perdió el suyo muy
temprano; niégalo este último, y nosotros dejan-
do en pie la duda, preguntáramos al futuro rey
presentándole la historia de su primer ministro,
si se contentaría con que el pudor de la princesa
de la Cisterna fuese igual ó parecido al del pu-
doso compadre de Isabel II.

Habiendo del juramento de fidelidad prestado
caballerescamente y melodramáticamente por este
general, se nos ocurre que si este grande de Espa-
ña á su vez blasfema de consecuencia y se falta
de la lealtad á sus juramentos, nosotros por nues-
tra parte, sabemos á qué atendernos; pero nos
atreveremos á preguntar al futuro huésped del al-
cázar de nuestros reyes, si se dará por contento
y seguro con que todos sus servidores le guarden
con igual fidelidad el pleito homenaje que le
presten.

Se han caído impensadamente de nuestra pluma
palabras que se refieren á la futura reina, y á su
nombrada servidumbre; estamos, sin querer, den-
tro del cuarto obstáculo que ha de encontrar en
España el rey italiano, ó lo que es lo mismo, en
presencia de la cuarta causa que dió en el suelo
con el último reinado; es, á saber: la prope-
sición que hay en España de entrometerse á juzgar la
vida privada de los príncipes y de sacar de ella
consecuencias políticas que afectan al Estado.

Decimos mal que esto sea defecto de España,
esto es calidad de los pueblos meridionales, los
cuales, por lo mismo que se apasionan mas de
las personas, tienen en bien ó en mal á fami-
liarizarse con ellas; no se las nombra por sus tí-
tulos ó por sus apellidos, sino por sus nombres
de bautismo, como si todos fuésemos primos ó
parientes; no nos contentamos con su vida pú-
blica, sino que nos entrometemos en la privada,
y aun á veces, no satisfechos con lo que hacen y
dicen, les prestamos hechos y dichos por otros
inventados. En el extranjero se habla de Bismark,
de Grandville, de Trochu, y nadie sabe cómo se
llamaron en el bautismo; en España todos ha-
blamos de D. Balduino, de D. Leopoldo, de don
Ramón: ni somos muy escrupulosos en las bio-
grafías, porque no hay dicho alguno agudo que
no se lo colguemos á Quevedo, ni hazaña que no
atribuyamos al Cid.

Con estos antecedentes, pues, que todo el mun-
do sabe cuánto han influido en la catástrofe de
Setiembre, ha de contar el nuevo rey, desde que
jure ante las Constituyentes. Pero no, decimos
mal, ya desde antes de abandonar su hogar pa-
terno tiene de ello pruebas, y pruebas suminis-
tradas, no por sus enemigos solos, sino por sus
amigos también. Pues qué, ¿no han venido con-
tando sus parciales los puntos y comas de su con-
versación y los mas nimios detalles de su angus-
ta persona y cuánto apretón de manos dió al se-
ñor Zorrilla y qué clase de cigarreros gasta? ¿No
han narrado y descrito hasta los encajes de la
chambrá y de la gorra de noche que usa en su
alcoba la princesa de la Cisterna, y el tamaño del
Crucifijo que tiene á los pies de la cama? De cómo
S. A. es dominante y devota, y de cómo su an-
gusto esposo tiene tal prisa de hacernos felices,
que no se da paz hasta poner el pie en España y
menudea cartas y telegramas.

Siguiendo este mismo ejemplo los adversarios
cuentan detalles y hacen apreciaciones que nos
otros para huir de todo espíritu de parcialidad ni
siquiera reproducimos.

Cuente sin embargo la nueva real familia,
con que esta antigua costumbre ha de continuar.
Mucho se equivoca quien recordando los ataques
que aquí se han dado al padre Claret (el cual ni
por su apocado espíritu, ni por su limitado talen-
to quería ni podía influir) pueda augurar mas to-
lerancia á los futuros Claret, y á las nonnatas ca-
marillas. Antes bien se agravará esto con la cua-
lidad de extranjeros de los soberanos: en tiempo
de la guerra de sucesión llamaban *tuerto* al pre-
sidente archiduque Carlos que era el príncipe
mas tiesto de Austria, y tenía los mas hermosos
ojos de Alemania; en la guerra de la Independen-
cia y en una historia se designa con el nombre
de Pepe Botellas al rey José, que ni probaba el
vino.

¿Qué sucederá pues, en cuanto venga á Espa-
ña D. Amadeo? Su carácter de extranjero dará
un colorido desfavorable á todos sus actos, aun
los mas familiares. ¿Va á los toros? pues es, que
como los extranjeros viene á motejar y á burlar-
se de una pretendida barbarie. ¿Deja de ir? Pues
es, que no tiene verdadero espíritu popular y es-
pañolismo. ¿Visita los museos? ¿Qué ha de hacer
un italiano que no entiende mas que de cuadros y
cantantes? ¿No los visita? Pues consiste en que
ufano con su Rafael y Miguel Ángel, desprecia
la patria de Velazquez y de Murillo. ¿Frecuenta
el teatro? Sigue las tradiciones de la condesa de
Millifiori. ¿No aparece en el palco? Pues obedece
á los consejos de monseñor Merode.

Y como estas cosas otras muchas mas impor-
tantes: ni le bastará elegir como Isabel II sus
consejeros en las mayorías de los parlamentos;
detrás de esos gabinetes se buscará la camarilla, y
por encima de los ministerios, se quedará ver una
influencia, y una influencia estrangera; el secre-
tario particular, el ayuda de cámara, el peluque-
ro, serán asunto de murmuración y motivo de
disgusto para las oposiciones.

Para saber esto no se necesita recorrer los to-
mos de Mariana, ni aun de La Fuente, ni estudiar
las biografías de Gieffrès, de Alberoni y de Esqui-
lache, basta recorrer los periódicos de nuestra
edad, y acordarse de cuando la reina Cristina inau-
guraba la época de nuestras libertades públicas.
Aquella ilustrada princesa con ser la mas cordial-
mente española, no solo en su vida pública, sino
en sus afectos privados, sufrió por haber na-
cido en Italia ataques de esta especie, que ama-
garon su vida. Unos la acusaban de que se de-
bía gobernar por Antonini, otros de que cedía á
la influencia de Rouchi, etc., etc., y eso que el
primer ministro de Nápoles, no pasaba plaza de
Metetrich, y que el segundo no logró nunca mas
que un empleo secundario en la administración,
pero eran italianos y este era su delito. Periódico
progresista, por señas, tenemos á la vista, que
atribuía á Pericione el cocinero extranjero una in-
fluencia política incontestable.

Tiempo es ya de resumir todos estos recuer-
dos y hacer mas perceptibles nuestros augurios;
hora es ya de resumir en pocas palabras cuanto
hemos dicho. Entre las causas de la ruina pasa-
da y del vacío presente, hemos considerado cua-
tro: la penuria de nuestra Hacienda, á pesar del
esfuerzo de hombre probos y entendidos de nues-
tra comunión política; el fraccionamiento de nues-
tros partidos; la inestabilidad de nuestra discipli-
na militar, y el malévolo espíritu de análisis que
se aplica á la vida privada de los reyes. Para au-
gurar lo que pueda prometerse el nuevo rey, él
sabrán si trae á la Hacienda otros recursos que los
de Figuerola; si cuenta en los partidos con otra
fuerza que con el apoyo *sub condition* y *ad interim*
del fraccionado progresismo, y para mantener la
subordinación y soldar la rota disciplina, puede
tener cosa mas eficaz que la confesión general en
artículo mortis del Sr. Topete, que el pudor inma-
culado y fiel del general Prim, y si, en fin, para
poner mordaza á los maldicientes y vender los
ojos á los curiosos, tiene algún bautismo que le
lave de la curiosidad de extranjero.

La situación del nuevo rey es difícil y peno-
sísima. La esponemos con gran serenidad y razi-
on; pero es en verdad triste y arriesgado juego
este, en que los unos se aventuran á perder sus
mas caros afectos de lo pasado y sus mas san-
tos intereses en lo presente; y los otros se espon-
en á ganar en vez del imperio de Carlos V, el
de Maximiliano de Méjico.

Como se vé, hemos presentado todas las cues-
tiones y todas las hipótesis del lado mas favo-
rable á la revolución, á sus pretestos, á sus fines
y propósitos; y así y todo, en el ánimo de los
hombres mas imparciales no puede ser mas triste
y desventurada la suerte que se prepara al nue-
vo rey, y á esta desquiciada sociedad.

Estamos seguros que no nos podrán acusar de
visionarios ni de exagerados nuestros mismos ad-
versarios.

TOPETE EN EL MINISTERIO.

Vamos á ser sobrios en palabras, pero lógi-
cos en deducciones.

Topete es ministro de la Guerra. Topete de-
cía hace pocos días que se creía inhabilitado para
mandar á la dotación de un buque; por haberse
sublevado, decía esto Topete como un hombre
arrepentido, como un hombre á quien mortifica
su conciencia. Era caso de honor para Topete el
retirarse del servicio por considerarse *moralmente*
incapacitado para el mando.

Pero á Topete le dan de repente el mando de
todo el ejército y de todas las armas, y aquí cesan

los escrúpulos y acepta, sin conocer que aunque
él haya olvidado tan pronto sus palabras, el ejér-
cito se las sabe de memoria, y el ejército dirá:
«El nuevo ministro está incapacitado para man-
dar y para hacerse obedecer.» Cuando hace mas
falta un ministro de la Guerra que pueda resta-
blecer la disciplina, ahora, en estos momentos es
cuando se pone al frente del ejército al que me-
nos autoridad tiene para conseguir tan laudables
propósitos.

Ha sido una mala inspiración la que ha teni-
do el que se ha acordado de Topete para minis-
tro, y un mal paso del ex-capitán del puerto de
Cádiz el aceptar.

¿Es simplemente imbecilidad? No; es castigo
para los revolucionarios. Es la Providencia.

¿Qué dirá Topete al nuevo rey?

Le dirá lisa y llanamente: Señor: yo no soy
partidario de V. M. Yo tengo por rey á Montpen-
sier, á quien he dado mi voto, y he declarado ante
las Cortes soberanas que creo de mi honor retirarme
antes que servir en el reinado de V. M.

Ese soy yo; ese es Topete; pero ahora vengo
como ministro de Estado y de la Guerra á con-
ducir á V. M. á su trono, al trono levantado por
nuestra lealtad y por la soberanía de las Cortes.

El rey, haciendo el papel de Garvito en la
«Redoma encantada», y restregándose los ojos:
¿En qué país estoy? ¿Dónde me han traído? ¿Quién
me ha engañado? ¿Tú no eras marino? Y Prim,
¿qué es de Prim?

Topete.—Señor: Prim ha sido objeto de un
atentado abominable, contra el cual han protes-
tado todos los partidos y todos los hombres de
bien, atentado que, por la reprobación ha inspira-
do, ha dado fuerza al gobierno en lugar de quita-
sela, y por eso he hecho yo el sacrificio de aceptar el
ministerio de la Guerra.

Prim está en la cama herido.

El rey: Ahora lo entiendo menos. Pero ¿y el
partido progresista? ¿Y los cimbras? ¿Y los 191
que me han elegido rey? ¿Y esa famosa Tetulia
progresista? ¿No hay entre los que apoyan mi di-
nastía uno solo á quien nombrar ministro cuando
Prim esté enfermo, que haya sido preciso nom-
brar á un enemigo de mi candidatura, al jefe de
mis contrarios nada menos que para venir á reci-
birme? ¿Luego yo soy el rey de un hombre? ¿Lue-
go soy el rey de Prim? ¿Luego ni siquiera soy el
rey de un partido? ¿Qué es esto? ¿Dónde me he
metido?

Topete: Señor: yo he aceptado el ministerio,
aunque todo el mundo sabe que no soy partidario
de V. M., porque esos progresistas y esos cim-
brios me han dicho que haga este sacrificio, que
es grande, por la salvación de la revolución, del tro-
no de V. M. y de la patria.

El rey: ¿Te quieres callar? ¿Pues cada vez lo
pones peor? ¿Con que esos grandes partidos de
la revolución nada pueden por sí? ¿Con que el día
que les falte un hombre se creen impotentes y se
dan por muertos? ¿Pues y el general Escoda, de
quien me han hablado tan ventajosamente?

Topete: No tema nada V. M. Soy, soy mont-
pensierista, pero para llegar hasta Madrid, yo
defenderé á V. M. con mi lealtad acostumbrada.

El rey: Me llamo á engaño. Estoy á tiempo.

Me vuelvo.

Si el rey continúa su viaje, no sabemos á quien
compadecer mas; si al rey, á su ministro Topete,
ó al partido progresista, que se presenta á la vi-
sta de su rey en cueros vivos, que para primera
visita no es de mucha etiqueta que digamos.

Progresistas y cimbras, nuestro poder ha con-
cluido! por que se ha demostrado que no teneis
mas que un hombre, y por enfermedad de ese
hombre teneis que aguantar á Topete que no os
pertenece, y á Ayala á quien echasteis del minis-
terio porque os dijo la verdad; por que os dijo
«que el pueblo no había tomado parte en la re-
volución».

¿Estareis destinados á otra patacadura como la
de 1856?

Huéleme que sí.

De todos modos, la argumentación que pre-
sentamos nos parece irrevocable. Veremos lo que
hace el rey.

CAMBIO REPENTINO.

El atentado cometido contra el general Prim
ha sido una verdadera catástrofe para el partido
progresista. Anteayer y ayer se daban por per-
didos: su consternación no tenía límites, ni espli-
cación que diera á conocerla en toda su intensi-
dad. Se hallaban en la misma tarde seguros, ar-
rogantes, hasta compasivamente desdenosos con
sus adversarios: estaban á punto de completarlo
todo con la venida de su rey; con el nombramien-
to de un ministerio exclusivamente progresista;
con la aprobación de los proyectos últimamente
votados: con el mayor desembarazo para gober-
nar á su manera: todos les sonreía y parecía anun-
ciar un largo período de dominación progresista:
así al menos podían suponerlo y así lo suponían,
y en suponerlo y tenerlo por cierto se cifraba su
verdadera felicidad.

De repente ocurre la catástrofe: el general
Prim es asaltado y herido en medio de la calle:
graves ó no graves sus heridas, y de lo segundo
nos alegráramos, el hecho positivo es que se en-
cuentra inutilizado por mas ó menos tiempo para
desempeñar su cargo, y que desde los primeros
instantes se encomendó su desempeño á otra per-
sona. En tan crítico momento se vio lo que es y
vale el partido progresista: no hubo un hombre
importante que se encargara de la dirección su-
prema de los asuntos públicos: al palacio de Bue-
navista acudió el Sr. Ruiz Zorrilla, para hacer el
mas desairado de los papeles; para ser mudo tes-

tigo de la ocupación del poder por los unionistas.

Si por los unionistas, porque hoy la situación está en manos de los unionistas, que no la soltarán con facilidad, porque han comenzado demostrando que quieren reparar la falta cometida hace dos años, apoderándose del ministerio de la Guerra y de la presidencia del Consejo, y colocando a uno de sus antiguos correligionarios en el ministerio; porque el general Serrano se ha mostrado mas solícito y activo que nunca, disponiendo en absoluto cuanto se hizo anteayer en el palacio de Buena Vista; porque allí fué el alma del señor Ríos Rosas y también se agitaron e influyeron otros unionistas; y, en una palabra, porque tal es el convencimiento general, y no hay progresista que en este particular necesite ser convencido, ni a quien llegue la culpa al cuerpo, temiendo otro 1856 como florido del cielo.

Digase lo que se quiera, la situación es hoy para los progresistas, como para los moderados fué desde 20 de Setiembre de 1868: falta otro Alcolea y ese será la venida del rey. Cuando haya nombrado su ministerio y para ello se haya convencido de lo que son los progresistas, comprenderán estos el nublado que ha venido sobre ellos y el estrago que ha causado. Prim era su hombre necesario: su caída ha arrastrado a todo el partido progresista; y sino que digan quien le sustituye; que apelen a los discursos y al esquilón presidencial de Ruiz Zorrilla; ahora verán lo que vale. Ese mismo Ruiz Zorrilla se lamentaba ayer de que los asesinos del general Prim habían herido al mismo tiempo a la libertad; es decir, al partido progresista, que es lo que en la Tertulia se entiende por libertad.

¿Qué situación! haber elegido, contra el sentimiento nacional, a un rey, para que venga a reinar con otros hombres, con los mas implacables antagonistas de sus electores; haber votado las mas graves autorizaciones, las medidas mas trascendentales, creyendo que servirían para ellos, y ver que solo han de servir para sus contrarios; para que sea el cañon con que los ametrallen por segunda vez, el látigo con que los azoten y la losa con que los aplasten; haber proporcionado a sus enemigos los medios para que los reduzcan a la nulidad; para que hagan imposible su vuelta al poder por muchos años; para que les devuelvan todas las humillaciones, todos los sarcasmos, todos los improperios de que los han colmado y de que volverán a colmarlos; para que hagan resonar otra vez el ojo por ojo, diente por diente; es horrible, es para desesperarlos, es para ellos un verdadero infierno.

Griten ahora contra los moderados y contra la situación derrocada en Setiembre de 1868; digan que cayó porque el país no estaba con ella; repitan todo lo que entonces y desde entonces han dicho; pero guarden para decirlo unos quince días, nada mas que quince días. Entonces nos explicarán las causas de su caída, y si ha sido porque el país estaba o dejaba de estar con ellos: entonces nos dirán si ha influido o no el acontecimiento de la noche del 27; la presencia de Topete en el ministerio, de Serrano en Buenavista, de Ríos Rosas y Concha en todas partes: entonces haremos comparaciones y veremos quien sale ganancioso: entonces no dirán de nosotros y de nuestra caída los despropósitos que han venido diciendo hasta ahora.

En cuanto a Topete, nada diremos que no haya dicho hasta el último habitante de Madrid: en los progresistas habrá producido asombro, temor, espanto, lo que se quiera, la presencia del marino al frente del ministerio; entre los que no son progresistas, esto es, entre las noventa y nueve centésimas partes de los habitantes de Madrid, tal nombramiento ha producido una carcajada general, pero carcajada por la situación cómica de los progresistas. Su mayor antagonista, el que hacia cuatro días declaraba en medio de las Cortes que se retiraba a la vida privada por no servir semejante situación al rey que esa situación ha elegido; ese mismo Topete se pone al frente de los progresistas, que no tienen mas remedio que aceptarlo y callar; ese mismo es el que les dice que les va a traer a su rey y servirle de escudo hasta que haya entrado en Palacio con lo cual les daba a entender, aunque inconscientemente, que al rey no le puede ver nadie.

Topete, ese mismo Topete que en la sesión del 23 del corriente decía que el que una vez se ha sublevado no podía ya mandar, y que abandonaba la carrera de marino porque había roto la disciplina y faltado a su deber; es ahora ministro de la Guerra, y se presenta a todo el ejército con la autoridad del que, según sus propias palabras, no puede ni debe mandar, y con el magnífico antecedente de haber roto la disciplina y haberlo proclamado altamente en el Congreso.

¿Qué situación para los progresistas, para el ejército y para el rey electo! ¡qué bochorno para los primeros, qué ejemplo para el segundo y qué mar de confusiones para el tercero! ¡qué descomulso para el país, que no ve el medio de salir de tan deplorable estado! ¡qué cambios tan inesperados! la providencia de Dios lo guía todo y es preciso ser ciego para no verlo: esperemos, pues, y esperemos con confianza, pues todo lo dirige por caminos ocultos a la vista y penetración de los mortales.

Ayer solo recibimos los siguientes telegramas del extranjero, comunicados por la Agencia Fabra: Lila 27.—Los despatches prusianos sobre el combate del puente de Noyelles, son falsos. El enemigo no hizo prisionero alguno.

Según todas las noticias de las regiones del Norte y del Nordeste, las pérdidas de los prusianos son enormes, tanto por la guerra como por las enfermedades comunes. En Chalons, sobre el Marne, hay 18.000 enfermos. Otras poblaciones están también llenas de ellos. Muchos soldados, ciegos, procedentes del cerco de París, son conducidos a Alemania.

Besançon 27.—En la noche del martes al miércoles hubo dos asaltos a los fuertes de Barrier y Belfort que fueron vigorosamente rechazados.

Las pérdidas de los prusianos son considerables. En toda la parte del Este de Francia afirman mas y mas el patriotismo.

Limoges 27.—Hoy ha caído cerca de esta ciudad un globo aerostático procedente de París.

Nota.—A causa del mal estado de las líneas por efecto del temporal, no se ha recibido hoy el telegrama de Londres por el cable anglo-portugués.

Burdeos 27 (a la una de la tarde).—Un telegrama fechado en Mars 26 contiene una orden del día del

general Chanzy al ejército, dándole a conocer la protesta que con fecha del 26 ha dirigido al comandante prusiano en Vendôme por un parlamentario.

Tiene la seguridad de que el ejército se asociará a su indignación y su deseo de vengarse de tales injurias.

Dice la protesta:

«Al comandante prusiano en Vendôme.—Acabo de saber que violencias ineficaces han sido cometidas por las tropas que están a vuestras órdenes en las poblaciones inofensivas de Saint Calais. Apesar del buen tratamiento que han recibido vuestros enfermos y vuestros heridos, vuestros oficiales han exigido dinero y autorizado el saqueo. Esto es un abuso de la fuerza que pesará sobre vuestras conciencias.

El patriotismo de vuestras poblaciones sabrá soportarlo, pero es imposible admitir que añadais a este injurias gratuitas.

Habéis dicho que estábamos vencidos. Esto es falso. Os hemos batido y tenido en jaque desde el 4 de Diciembre.

Habéis tenido la osadía de calificar de cobardes a los que no podían contestaros, pretendiendo que sufrían la voluntad del gobierno de la defensa nacional que les obligaba a resistir cuando querían la paz.

Protesto, con el derecho que me da para hablar así, la resistencia de la Francia entera y la que os opone el ejército que no habéis podido vencer hasta ahora.

Afirmo otra vez lo que ya habéis conocido por nuestra resistencia; lucharemos con la conciencia de nuestro derecho y de nuestra voluntad.

Cualesquiera que sean los sacrificios que tengamos que hacer, lucharemos a todo trance, sin tregua ni misericordia.

Se trata hoy de combatir, no enemigos leales, sino hordas de devastadores, que quieren únicamente la ruina de una nación que quiere conservar su honra, su independencia y su prestigio.

A la generosidad con que tratamos a vuestros prisioneros y a vuestros heridos, contrastáis con la insolencia, el incendio y el saqueo. Protesto, pues, con indignación en nombre de la humanidad y del derecho de gentes, que arrastrais por el suelo.

Esta orden del día ha sido leída tres veces a las tropas.

Llamamos la atención de nuestros lectores en general, de los ayuntamientos en particular, y muy especialmente de los amigos de la revolución de Setiembre, sobre la real orden de 28 de Noviembre último, en la cual se niega la petición de varios ayuntamientos, para que se les facilite el importe de los suministros con la presentación de los recibos a los delegados del Banco de España.

Los consideramos de que se vale el gobierno para negar esta petición, son por demas curiosos e instructivos.

El gobierno de la revolución declara de oficio y por real orden, que a los ayuntamientos actuales no se les puede adelantar como antes la cantidad que los mismos ayuntamientos anticipan por suministros, aunque presenten recibos, porque no pueden tener toda la garantía necesaria para responder al Tesoro público de las cantidades que se les pueda adelantar, lo cual en plata significa que siendo gentes sin garantía ni responsabilidad alguna los individuos que pertenecen a los ayuntamientos, el gobierno tiene que derogar las disposiciones que se habían dado en favor de los municipios, porque los ayuntamientos de los moderados se componían de personas de respeto y de responsabilidad.

En el gran proceso que la nación tiene abierto contra la revolución, cada día hay un dato mas y una confesión nueva para venir en conocimiento exacto del perjuicio que han sufrido los pueblos.

Y para que no se crea que ponemos nada de nuestra cosecha, allá va la parte fundamental de la real orden, testualmente copiada de un Boletín de provincia.

No hay necesidad de desacreditar a la revolución, que ella se desacredita bastante:

«Declarando de cuenta de los ayuntamientos el anticipar medios para atender al suministro que practiquen a los cuerpos del ejército y guardia civil.

Suministros.

El señor administrador económico de esta provincia, con fecha de ayer, me dice lo que sigue:

«La dirección general de Contribuciones en circular fecha 15 del actual me dice lo siguiente.—Por el ministerio de Hacienda se ha comunicado a esta dirección general, con fecha 28 de Noviembre último, la orden siguiente:

«Excmo. Sr.: El regente del reino se ha enterado del expediente instruido por esa dirección general, que V. E. ha cursado a este ministerio con fecha 26 del corriente, a consecuencia de las reclamaciones de varios ayuntamientos de la provincia de Córdoba, que el gobernador de la misma apoya en su comunicación de 9 del espresado mes, para que se entregue a las corporaciones municipales del fondo de contribuciones el importe de los suministros que hacen los pueblos a las fuerzas militares, sin necesidad de aguardar a que sean liquidados los recibos que estas facilitan a los ayuntamientos, fundándose para ello en que así lo dispone la real orden de 22 de Febrero de 1849, cuando la Hacienda tiene contrada la recaudación de los impuestos directos. En su vista y considerando que desde que se dictó la mencionada disposición ha variado completamente la organización de los ayuntamientos, puesto que con arreglo a la ley electoral que en el día rige no se exige a sus individuos condición alguna de elegibilidad; considerando que por esta causa no pueden tener toda la garantía necesaria para responder al Tesoro público de las cantidades que para aquel servicio les fueron adelantadas del fondo de contribuciones»

Tiene razon La Epoca en las líneas que a continuación transcribimos.

En pocas palabras está consignada la historia de la situación.

Estos hombres por comer, se comen sus palabras, sus programas, sus leyes, y serán capaces de comerse a su rey. Digalo Topete que ya ha escabechado al suyo.

«Las Cortes votarán la suspensión de garantías y aplazarán su disolución hasta después de la llegada del rey electo. Es un fenómeno bien singular, aunque nada nuevo, que esta situación haya de hacer todo, absolutamente todo lo que mas ha condenado. Autorizaciones, suspensión de garantías, leyes excepcionales, impuestos anulados y restablecidos; no hay cuestión alguna en que los revolucionarios no hayan tenido que contradecirse.»

Es digna de censura justa y enérgica la conducta de los generales Concha y Zabala, siendo los primeros a ir en busca del nuevo rey.

Cuando hombres que deben dar ejemplo de consecuencia o de prudencia al menos; cuando hombres que deben contar con la reina Isabel, que ha perdido su trono por haberse fiado de ellos

dan tales muestras de debilidad y faltan así a sus deberes; qué tiene de extraño que la sociedad se puerifique?

La historia será inexorablemente cruel, y con razon, con esta clase de hombres.

¡Qué grandes tan pequeños!

Parece que la resolución del Sr. Topete de aceptar la presidencia del Consejo de ministros, la ha tomado sin acuerdo de la fracción montpensierista.

Cuando ha conferenciado sobre este grave asunto con los diputados mas importantes de su fracción, parece que ha recibido una contestación igual o muy semejante a la siguiente: «La consulta está demás, porque ya ha aceptado V., pero en su caso yo no habria aceptado.» Esta contestación nos parece muy lógica y natural.

Tenemos la satisfacción de anunciar que el señor conde de Gavia se ha adherido tambien al acuerdo tomado por la grandezza de España en su reunion del 12 del corriente.

El general D. Manuel de la Concha forma parte y principal del Cortejo que va a esperar al rey extranjero.

Siempre hemos admirado en ciertos hombres su política y creemos que el marqués del Duero es capaz, por lo menos, de prestar a D. Amadeo los mismos servicios que en los últimos días de su reinado prestó a doña Isabel II.

Si llega otro 29 de Setiembre, el tiempo se encargará de darnos la razon.

El rey de Prim se dispone a desembarcar en las playas españolas.

A falta de cañón y afecto de los pueblos, hallará el camino erizado de bayonetas, que, en señal de simpatía, aljarán rudemente a respetuosa distancia hasta al último curioso.

Al poner el pie en tierra se encontrará con un telegrama manchado con la sangre de su protector.

Después emprenderá su azarosa peregrinación en medio del capitán general D. Manuel de la Concha y del brigadier D. Juan Bautista Topete.

El príncipe italiano viene precedido del amor popular, trae su mano manchada por la sangre de Prim, y lleva entre dos hombres que representan la consecuencia y la lealtad.

No tema, pues, a la traición D. Amadeo, ni dude del amor del pueblo español.

Las Novedades, confirmando noticias que ya hemos dado a nuestros lectores, dice lo siguiente:

«Anteayer recibió el Sr. Sagasta la noticia oficial de que el pueblo de Cartagena había acordado colgar los balcones de luto el día que entre el duque de Aosta; y que parece ser que decidido el ministro a evitar esta demostración, telegrafió al gobernador diciéndole: «Proceda criminalmente contra los instigadores de esta manifestación.» A lo que contestó el gobernador: «Son tantos, que es imposible.»

Y añade Las Novedades que a esta actitud ha podido contribuir el hecho de que hay muchas casas en Cartagena en que han tenido que alojarse cuarenta soldados; que también podía decirse algo de la probable destitución de aquel ayuntamiento y del nombramiento de otro por el ministro de la Gobernación para que haga al nuevo monarca la entrega de las llaves de la ciudad; que la descripción del camino, desde Cartagena a Madrid, puede hacerse hablando de las pintorescas tiendas de campaña de trébo en trébo, de las 1.500 parejas de la guardia civil que lo guardan y de los destacamentos en cada paso a nivel, puente, túnel y alcantarilla; que en la narración del viaje regio y llegada a Madrid del duque de Aosta se puede igualmente hablar de cómo las tropas, tendidas a lo largo del camino desde Cartagena a Albacete, serán recogidas por los trenes durante el descenso del príncipe en esta última ciudad, para volver a tenderse en el trayecto desde Albacete a Madrid, y que el último capítulo de la narración podía empezar con la ocupación por las autoridades de todas las habitaciones que hay desahuciladas en Madrid, seguí haciendo una curiosa estadística de las fuerzas acantonadas en las cercanías, y terminar describiendo la numerosa formación del día 1.º de año.

Para que a la sesión de ayer tarde no le faltase nada, hubo hasta escamoteo de palabras en la proposición que presentaron los Sres. Romero Robledo, Santa Cruz y otros, declarando que las Cortes habían oído con profundo sentimiento el triste suceso ocurrido al general Prim, y que se hallaban dispuestas a dar todo su apoyo al gobierno para salvar los intereses sociales y los de la revolución; esto parece que era lo que literalmente decía la proposición, pero al ser leída por el secretario que dió cuenta de ella, resultó que su última parte estaba redactada así: «para salvar los intereses de la revolución y los de la libertad.» Como este contexto se diferenciaba bastante del primitivo, el Sr. Romero Robledo primero, y después el Sr. Santa Cruz, manifestaron su extrañeza por el cambio hecho, y del cual no tenían conocimiento.

El Sr. Martos, para explicar lo ocurrido, dijo que sí, que no y qué se yo, y todos se dieron por contentos y satisfechos.

El Sr. Topete piensa faltar al gobierno que ha consentido que sea su presidente, y a la mayoría de la Cámara que lo tolera y consiente votando los proyectos que le presenta, o piensa faltar a sí mismo. ¿No creyó desahuciado, y mas que desahuciado funesta la conducta del gabinete presidido por el general Prim al presentar en las Cortes los proyectos puestos últimamente a su aprobación, no solo por la forma con que lo hizo, sino por la esencia de los mismos proyectos? ¿Cómo, pues, hoy no solo le parecen buenos, sino que los adiciona con el mas grave y trascendental que puede ocurrirse a gobierno alguno, y que tal vez el mismo general Prim no hubiera solicitado en estas circunstancias?

Está visto, el Sr. Topete sirve para lo propio ó para mas que el mismo general Prim.

La omnimoda y caprichosa autorización que pidió ayer a las Cortes el ministerio presidido por el Sr. Topete, en la que solicita la suspensión, a capricho del gobierno, del art. 31 de la Constitución, ó sea la facultad de suspender a su antojo las garantías constitucionales, es un atentado de tal especie, que repetimos se nos hace muy difícil creer que lo hubiera cometido el general Prim a seguir al frente del gobierno.

Cuando el odioso atentado que tuvo lugar anteayer tarde no ha sido secundado por otra clase de movimientos en Madrid ni en las provincias, parece fuera de duda que aquel inicuo suceso es un crimen aislado y que no tiene relacion con ningún plan revolucionario. Siendo esto así, en cuya creencia nos confirma el silencio del gobierno respecto de no citar ni descubrir acto alguno de rebelión contra lo existente, no se comprende ni se explica la trascendental autorización que exige el gobierno y que espera de la mayoría de las Cortes que tantas veces se ha mostrado pródigo en esto de complacer al gabinete.

El miedo ó el deseo de ejercer la dictadura han debido ser las únicas causas que han dado origen a aquel proyecto funesto.

¿La dictadura! ¿La dictadura, y en qué momentos! cuando se están discutiendo leyes importantísimas, cuando está para llegar un monarca fundador (al decir de los revolucionarios) de una nueva dinastía. ¿Está ciego el gobierno? ¿No comprende que todo el mundo va a sospechar que esa dictadura no responde mas que a la imposición por la fuerza del duque de Aosta? ¿Qué clase de simpatías ni de afectos revela el país hacia el nuevo monarca cuando es preciso recibirlo bajo su despótica presión, de ningún modo justificada, de la suspensión de las garantías constitucionales?

Si D. Amadeo conoce algo las Constituciones de los pueblos y el medio de gobernarlos por los sistemas liberales, estamos seguros que será el primero a censurar el proyecto en mal hora concebido por su gobierno.

Y para que nada falte al cuadro que dejamos descrito, debemos hacer constar que en ninguna tarde se habló en el Congreso tanto como en la de ayer de libertad, libertad, libertad.

Verdad es que cuando mas se habla de ella es cuando menos se practica.

Parece imposible, a no haberlo oído, que el señor Ruiz Zorrilla se explicase en las Cortes como lo verificó ayer tarde.

El presidente de la Cámara exclamaba, sin duda en un momento de arrebatado cónico progresista: «parece imposible que a tanto tiranuelo, que a tanto gobernante despótico como ha habido en España, nada les haya pasado, y al general «Prim, que siempre ha combatido por la libertad, «haya sido víctima de unos asesinos.»

También a nosotros nos parece imposible que haya un presidente de las Cortes, siquiera sea este el Sr. Ruiz Zorrilla, que se espere en los términos que dejamos indicados.

Mucho se habló ayer en las Cortes de libertad, lo mismo por el gobierno que por el presidente de la Cámara, e ignoráramos fuese un poder del Estado, y decimos esto con motivo de la proposición leída en las Cortes y de que también nos ocupamos en otro lugar, por la que se concedía un voto de confianza, no solo al gobierno y al regente, sino al presidente de la Asamblea.

¿Qué significa este voto respecto del Sr. Ruiz Zorrilla? ¿Qué poder ejecutivo ni legislativo, aun dentro de las mismas Cortes constituyentes, ejercer por sí solo el Sr. Ruiz Zorrilla?

Semejante voto respecto del presidente de la Cámara parece que no puede responder mas que a un acto de censurable ignorancia ó de imperdonable lisonja.

Los sucesos de las mayorías, sus intemperancias y sus injusticias suelen ser causa a veces, de que sino se justifique cuando menos se disculpe la conducta de las minorías. Puede darse mayor injusticia, violencia mas completa y manifiesta del reglamento de las Cortes, que lo ocurrido ayer tarde cuando puestos a la aprobación de la Cámara los distintos proyectos de ley que estaban a informe de las comisiones pidió el Sr. Díaz Quintero que la votación fuese nominal? ¿Puede darse mayor injusticia que la negativa del señor presidente lo mismo a dicha petición que a la de que se contase el número de señores diputados para votar si había ó no los suficientes para votar leyes.

Injusto é intemperante suele estar en la presidencia el Sr. Ruiz Zorrilla; pero ayer en el rato que ocupó el sillón el vicepresidente Sr. García Gomez de la Serna, se condujo con injusticia notoria, con infracción manifiesta del reglamento y en vano fué que el Sr. Díaz Quintero reclamara por una dos y tres veces el respeto y la observancia del reglamento y especialmente la de los artículos 138 y 141, la campanilla presidencial y la guardia negra apagaron ó dominaron la voz del diputado republicano, al que no le quedó otro recurso que emplazar ante el juicio de todo el público que le escuchaba la conducta injustificada y arbitraria de la presidencia.

Los decretos ministeriales leídos en la sesión de ayer no hacen mención del suceso que los motiva y tienen la fecha de anteayer. En uno de ellos se espresa que el Sr. Topete «se encargue interinamente de la presidencia del Consejo de ministros y del ministerio de la Guerra.»

En otro es nombrado dicho señor ministro de Estado en propiedad, y en el tercero, el Sr. Ayala ministro de Ultramar.

Los refrenda el de Gracia y Justicia.

Anoche a última hora no había variado la situación del general Prim.

La fiebre no es muy intensa, y si bien las heridas no dejan de tener alguna gravedad, no parece que esta sea extrema: así al menos nos lo han asegurado personas que suponemos deben estar bien enteradas.

El dictamen de la comisión de incompatibilidades que ha sido aprobado está concebido en los términos siguientes:

Artículo 1.º De la incompatibilidad del cargo de diputado a Cortes con el ejercicio de destinos públicos, establecida en el art. 12 de la ley electoral vigente, se exceptúan:

1.º Los ministros de la corona.

2.º Los oficiales generales del ejército y la armada con residencia en Madrid.

3.º Los jefes superiores de administración con residencia en Madrid que desempeñen destinos cuyos sueldos consignados en presupuesto no bajen de 12.500 pesetas.

4.º El regente y los presidentes de sala de la audiencia de Madrid, el rector y catedráticos por oposición de ascenso y término de la universidad central, y los inspectores generales de primera clase e ingenieros jefes con residencia en Madrid y dos años de antigüedad en el cargo, tanto los inspectores como los ingenieros.

Art. 2.º El número de diputados de las categorías comprendidas en el artículo anterior, que tome asiento en el Congreso, no podrá exceder de 40, y si fuese elegido mayor número, la suerte decidirá los que hayan de quedar.

El acto del sorteo se verificará en la sesión pública siguiente a la Constitución del Congreso.

Palacio de las Cortes 27 de Diciembre de 1870.—Valentín Gil Virasola.—Sabastian de la Fuente Alcazar.—Rodrigo Gonzalez Alegre.—Diego Garcia.—Antonio Mendez de Vigo.

El mariscal de campo Sr. Peralta se ha vuelto a encargar ayer del gobierno militar de esta plaza, habiendo cesado el general Pampillon, cuyo cargo desempeñaba interinamente.

El ministro de Hacienda presentó ayer el siguiente proyecto de transferencia de créditos: «Los créditos extraordinarios de escudos 160.000 y 80.000 concedidos al ministerio de Fomento por el art. 4.º de la ley de 25 de Junio de 1870, con destino al material de obras en los edificios de instrucción pública y a la reparación y material de clínicas de las facultades de medicina, se entenderán distribuidos en esta forma:

Cien mil escudos en el capítulo 20 para material científico de los establecimientos de enseñanza. Ochenta mil escudos en el mismo capítulo 20, con destino a obras en los edificios de instrucción pública.

Seenta mil escudos en el art. 3.º del capítulo 16, para los gastos de clínicas que no puede pagar la beneficencia.»

Hé aquí la reseña que hace La Epoca de lo ocurrido anteayer en el consejo celebrado bajo la presidencia del regente, y que trasladamos a nuestras columnas por estar perfectamente de acuerdo los detalles que se citan con las noticias que nosotros hemos adquirido:

«Hemos tratado de adquirir mas estensos pormenores sobre el consejo magno que anoche se celebró en el ministerio de la Guerra bajo la presidencia del regente, con motivo del atentado cometido contra la persona del general Prim.

De las personas invitadas, asistieron los ministros, Ríos Rosas, que abanlonó el lecho por esta causa, el Sr. Ruiz Zorrilla, el Sr. Topete, D. José Olazága, que, aunque no era de los invitados en un principio, se hallaba en los salones, y por su clase de presidente del Consejo de Estado, fué llamado a tomar parte en las deliberaciones, y los Sres. Santa Cruz, Ayala, Rivero, general Izquierdo, Martos, general Antequera, como ministro interino de Marina, y general Sanchez Bragua, que estaba encargado del de la Guerra por el viaje que debía hacer el presidente del Consejo.

También habían sido invitados, aunque no pudieron asistir, unos por enfermos y otros por no hallarse en sus casas cuando les llegó la invitación, los señores Olazága (D. Salustiano), marqués de la Vega de Armijo, Calderón Collantes, Silveira, Canovas, Romero Ortiz y Herrera. Este llegó a las doce y media, después de terminado el consejo. El señor duque de la Torre dió cuenta en concisas y sentidas frases de la gravedad del suceso ocurrido, de los deberes que a todos los hombres políticos sin distinción de partidos estaban impuestos por las circunstancias y de la resolución que había tomado, apelando al patriotismo del Sr. Topete, de que este se encargara interinamente hasta la llegada del rey de la presidencia del Consejo y de los ministerios de la Guerra y de Estado, habiendo comprometido asimismo al Sr. Ayala a aceptar el de Ultramar, no obstante el mal estado de su salud.

Hemos oído asegurar que en seguida el Sr. Rivero, que un día disciplinaba como hecho de poca importancia y común en los países libres, las pedradas que lastimaron al presidente del Consejo de ministros, anoche ya veía que en estos tiempos pueden acontecer cosas mucho mas graves y entonaba la trompa épica en el género progresista puro, reclamando severas medidas y hablando, después que el delito no tiene remedio, el lenguaje que debería hablarse siempre desde la esfera del gobierno para evitar en lo posible tales atentados.

El Sr. Topete manifestó a su vez cuáles eran las razones de patriotismo que le habían movido a deferir a los ruegos del regente, si bien deseaba saber la opinión de aquellas personas que estaban hasta cierto punto identificadas con él en las cuestiones de conducta política.

Todos guardaban silencio si nuestros informes no son inexactos, y entonces el Sr. Ríos Rosas hubo de decir algo que pareció desaprobación de lo hecho por el Sr. Topete, si bien al ver que este había dado su asentimiento, creyó que nada había que oponer al hecho consumado. Dadas las opiniones de los que estaban presentes, debemos suponer que las palabras del Sr. Ríos Rosas serian acogidas con marcado disgusto. El Sr. Ríos Rosas se retiró en seguida, y dejamos creer que su indisposición continúa, puesto que hoy no ha podido verle ninguno de sus amigos ni de las personas que han ido a visitarle.

Anoche se comunicó a Florencia el crimen de la calle del Turco.

Hablase del Sr. Ruiz Borrilla como futuro presidente del ministerio que se forme a la llegada del duque de Aosta.

REVISTA DE LA PRENSA.

Con motivo del atentado cometido en la persona del general Prim, y del cual se ocupa la prensa de todos matices para reprobarlo, La Esperanza escribe el artículo que a continuación insertamos, en el que después de juzgar el delito y al gobierno, bajo cuyo imperio se comete, queda de manifiesto la triste situación en que se coloca el Sr. Topete, en su nueva posición, especie de monstruo de contradicciones, en cuyo cerebro hay una continua lucha, pero en la que siempre triunfa la vejeidad y la apostasía.

Escuchemos al diario carlista, que bien lo merece:

«Al largo catálogo de crímenes cometidos en España desde que triunfó la revolución setembrina, hay que añadir otro nuevo, el que pudo costar la vida al presidente del Consejo de ministros, señor general Prim, y a sus dos ayuantes, Sres. Nandín y Moya. En otro sitio damos, con referencia a los periódicos ministeriales, pormenores de un suceso que, por de pronto, ha producido un cambio radical en la actitud política del brigadier Topete, hoy ministro de Estado, presidente interino del Consejo de ministros, y encargado de ir en busca del duque de Aosta.

Hombres honrados, carlistas, y por lo tanto católicos, no necesitamos decir que el crimen nos repugna

y horroriza, y que nunca y en ningún caso le hallamos disculpa ni atenuación. Enemigos irreconciliables del actual orden de cosas, que creemos funestísimo para la patria, combatimos y combatiremos hasta donde lleguen nuestras fuerzas a Prim y a su gobierno; pero siempre frente a frente, siempre con armas de buena ley, siempre como caballeros, sin que jamás se nos ocurra variar de conducta, sin que esperemos agradecimiento, y si en para proceder así necesitamos hacernos la menor violencia, aun en los instantes en que manan sangre las heridas que se nos causan a traición y por la espalda por los mismos que mas obligados están, por la posición que ocupan, al cumplimiento de las leyes eternas de justicia.

La indignación que en todo pecho honrado levanta un crimen, sea quien sea la víctima, es independiente de la voluntad. El movimiento espontáneo de todo hombre de bien a interponerse entre el que asesta a otro una puñalada, es irresistible, al menos en nosotros. Por eso no nos estraña que el Sr. Topete acudiera presuroso anoche al palacio en que vive el general Prim, como nosotros hubiéramos hecho en caso del Sr. Topete, como hizo nuestro querido amigo el Dr. Vicente, carlista de toda la vida. Pero el señor Topete ha hecho mas: el Sr. Topete, que el viernes último había manifestado la inquebrantable resolución de despojarse de su uniforme, y que había roto los vínculos políticos que aun le ligaban con la situación del general Prim, de la que dijo que había violado el Código político fundamental, y divorciado de la opinión pública, acepta hoy un puesto importantísimo, recoge la herencia de Prim, asume la responsabilidad de todos los actos realizados hasta el día de las esferas del poder, y va en busca de don Amadeo.

Nuestros lectores no comprenderán qué razones tiene el Sr. Topete para cambiar tan de repente de criterio político. Nosotros tampoco las comprendemos, a pesar de la explicación que nos hacen los diarios ministeriales. Comprenderíamos que ese señor hubiera solicitado ayer el puesto de jefe de orden público, y aun el de gobernador civil de Madrid, para tomar una parte activa en la captura de los criminales; comprenderíamos que hubiera pedido facultades extraordinarias para recorrer toda España hasta dar con esos asesinos y entregarlos a los tribunales; pero convertir de feroz opositor a la cabeza del ministerio, no se explica por solo los impulsos del corazón. ¿Se ha infringido la Constitución? Si, según Topete, según nosotros y según los insignes letrados cuyo dictamen aparece hoy al frente de nuestro periódico. ¿Se ha contrariado el espíritu público y ando a buscar un rey a Italia? Si, según el Sr. Topete y según la inmensa mayoría de los españoles de todos los partidos.

Merece el gobierno el apoyo que solicita para seguir adelante con sus proyectos? No, según el señor Topete, que el viernes rasgaba su faja de brigadier, despidiéndose para siempre de la situación simbolizada por Prim; si, según el mismo Sr. Topete, que ayer aceptaba la cartera de Estado y la de la Guerra interinamente.

¿Qué virtud especial tienen los trabucos de los asesinos de la calle del Turco para convertirlo malo en bueno, lo antipatriótico en patriótico, las soluciones desastrosas en soluciones acertadas? No lo sabemos, y desearíamos que el Sr. Topete nos lo explicase, si puede.

Nosotros condenamos el crimen, y entregamos a los criminales a la execración pública; pero seguimos protestando contra las violaciones de la Constitución; pero seguimos oponiéndonos a la venida de D. Amadeo; pero seguimos pidiendo que se ampare por igual la vida de todos los ciudadanos, cualquiera que sea su condición social, el partido político a que pertenezcan y la posición que ocupen; y como no creemos que el actual orden de cosas nos dé nada de lo que podemos, continuamos trabajando como hombres honrados y como buenos patriotas para que luzcan días mejores, y sean imposibles los crímenes que nos espantan, las terribles desgracias que nos afligen y los espectáculos que nos deshonran.

SECCION DE NOTICIAS.

La estación telegráfica de Don Benito, provincia de Badajoz, se abrió al servicio de día completo para la correspondencia oficial y privada interior e internacional el día 15 de Enero próximo.

De los billetes falsos del Banco de España, que según hemos dicho fueron descubiertos hace pocos días, parece que hasta ahora no se ha sabido que ninguno haya ido a domicilio particular, ni que haya ocasionado pérdidas.

Ayer, dicen, se recibió un telegrama de Cuba sobre la acción del Banco, en sentido favorable al proyecto del gobierno, relativo a la deuda de Ultramar.

El Sr. Ayala empezó ayer tarde a funcionar como ministro de Ultramar.

Según hemos oído, el Juzgado de guardia empezó anteayer mismo a instruir las diligencias oportunas sobre el atentado de que ha sido víctima el general Prim. A consecuencia de ellas han sido presas varias personas, entre ellas dos taberneros, dueño uno de ellos de la tienda de vinos de la calle de Alcalá, esquina a la del Turco, inmediata a la cual se cometió el crimen, y otro que parece es italiano.

Dábase también por cierto que un sujeto que fué detenido ayer mañana en la calle de Quintana declaró que era uno de los siete que tomaron parte activa en el atentado.

Por su parte el gobernador de la provincia dispuso que fuese conducido a la cárcel el inspector de orden público del distrito del Congreso; porque a las diez de la noche de anteayer, es decir, hora y media después de ocurrido, no tenía aquel funcionario noticia alguna del suceso y dió el parte ordinario de su novedad.

Fuó sustituido por D. José Maestro, que empezó inmediatamente a instruir diligencias en averiguación del paradero de los criminales que atentaron contra la vida del marqués de los Castillejos.

Ha llegado a Madrid, procedente de Londres, el general de marina Sr. Hernandez Pinzon.

Han sido nombrados ayudantes del Sr. Topete el teniente de navío D. Joaquín de la Torre, que se hallaba con licencia en Madrid, y el capitán graduado de la dirección de Infantería Sr. Rodríguez Batista, el cual parece es el que acompañará al presidente interino del Consejo de ministros en su viaje a Cartagena.

Se ha concedido el ingreso en el cuerpo de sanidad, en calidad de segundos ayudantes, a los señores D. José González, D. Braulio Bustos, D. José Caruado, D. Eduardo Sánchez y D. Elías García.

El ateneo de señoras ha suspendido la sesión creativa que debía verificarse hoy.

A la reunión de hombres políticos, con ocada anteayer por el regente, fueron también invitados los Sres. Cánovas y Silvela, pero no pudieron asistir por no recibir a tiempo el aviso, así como el Sr. Olazaga (D. Salustiano) por hallarse enfermo.

Por la comandancia general de voluntarios de esta capital se han dado las órdenes convenientes a fin de que entreguen las armas los individuos de siete batallones, dentro de un plazo que espiró ayer a las cuatro de la tarde.

Los comandantes de dichos batallones contestaron que la orden quedaria cumplida dentro del plazo mas breve, y que si no habían podido entregarlas todas a la hora marcada, consistía en que no habían tenido tiempo material de avisar a todos los individuos; sin embargo, ayer quedaron ya muchas armas en poder de los alcaldes de barrio y de los comandantes.

Los batallones que se disuelven son: uno de Palacio, primero de la Universidad; segundo de la Inclusa, primero de la Audiencia, primero del Hospicio, primero del Hospital y primero del Congreso.

Por ahora no se hace precisa la amputación de la mano al teniente coronel graduado Sr. Nandín, según opinión de la junta de médicos, y su estado es regular. No tiene mas herida que la de la mano, y no le ha interesado ni arteria ni vena de las principales. A las dos y media de la tarde de ayer le levantaron el apósito.

Ayer tarde parecía acordado que se leyese solamente esta noche el dictamen de la comisión de suspensión de garantías y se discutía hoy.

Algunos diputados parecen dispuestos a pedir que se añada al dictamen la condición de que el gobierno de cuenta del uso de la autorización a estas Cortes; lo cual implica el propósito de que no concluyan por ahora las Cortes Constituyentes.

La comisión, compuesta de los Sres. De Blas, González (D. Y.), López Botas, Nuñez de Arce, Romero Girón, Alvarado y otro no elegido aun a las siete, se propuso reunirse enseguida para leer el dictamen inmediatamente que lo formulen.

Entre los individuos indicados había alguna divergencia.

Los demócratas, las oposiciones y algunos unionistas se mostraban poco dispuestos a votar el proyecto tal como se ha presentado.

Por la capitania general de este distrito se han dado las órdenes oportunas para que las tropas de los cantones inmediatos se aproximen a Madrid la noche del 30 del actual, con objeto de asistir a la gran formación que ha de tener lugar el día 1.º de año.

En la calle del Ave-Maria, núm. 21, cuarto segundo, se cometió anteayer un robo, consistente en 2.000 reales en metálico y varias alhajas y prendas de vestir. Los ladrones no fueron habidos.

A las cinco de la madrugada de ayer fué hallado por los dependientes de la autoridad en la calle de las Dos Hermanas el cadáver de un niño recién nacido.

El señor ministro de la Gobernación presentó anteayer a las Cortes el siguiente proyecto de ley:

«Se autoriza al gobierno para que mediante pública licitación, pueda conceder permiso, con privilegio de tiempo y de lugar durante 40 años, para el establecimiento de un cable telegráfico submarino entre la costa occidental de la Península y las islas Canarias, que uniendo entre sí las de Tenerife y Gran Canaria pueda continuarse a América si así se solicitase.»

Parece que el gobierno ha dispuesto que se fije en las Cortes, dos veces al día, el parte sobre el estado del general Prim.

El gobierno mejicano ha hecho las siguientes declaraciones relativas a los hijos de extranjeros. Conforme a la constitución y al espíritu y letra de la ley sobre extranjería y nacionalidad de los habitantes de la república, de 20 de Enero de 1854, los hijos de extranjeros siguen, por regla general, la nacionalidad de sus padres; mas los nacidos dentro del territorio nacional, de padres extranjeros, conservan la nacionalidad de estos durante su menor edad, manteniéndose bajo la patria potestad, un año después de su emancipación, de donde se pueden deducir estas tres reglas:

- 1.º Los hijos de extranjeros nacidos fuera del territorio mejicano, son extranjeros mientras no adquieran la naturalización mejicana por un acto positivo, conforme a las leyes.
- 2.º Los hijos de los extranjeros nacidos dentro del territorio mejicano, son extranjeros durante su menor edad, si se mantienen bajo la patria potestad.
- 3.º Los hijos de extranjeros nacidos dentro del territorio mejicano, adquieren la calidad de mejicanos llegando a la mayor edad por la sola omisión de declarar ante la autoridad política del lugar de su residencia que quieren continuar con la calidad de extranjeros; y cuando son emancipados antes de la mayor edad, por la misma sola omisión durante un año después de su emancipación.

El Sr. D. Mariano Alejandro, auxiliar del ministerio de la Gobernación, se ha encargado de la secretaría particular del señor ministro de la Gobernación.

Dice un periódico que anteayer se promovió un fuerte escándalo en el café de Madrid con motivo de haber entrado la autoridad para detener a una persona muy conocida en esta capital, cuya prisión no pudo realizarse a causa del escándalo promovido.

No sabemos a quien alude el colega en la noticia que antecede.

SECCION DE PROVINCIAS.

Con fecha 29 ascriben de Bilbao que la víspera, segundo día de Pascuas, se guardó fiesta completa en esta villa, permaneciendo cerrados casi todos los talleres y tiendas, según costumbre.

Tres asesinatos se han cometido estos últimos días en Villalonga y Juncosa, pueblos de la provincia de Tarragona. En el primer pueblo, un hombre de malos antecedentes llamado Pedro Juan Torres, mató de tres navajadas a Salvador Boig Torra, casado y con tres hijos.

En Juncosa parece que de resultados de ciertos amores un sujeto arremetió puñal en mano a dos de sus presuntos rivales y asesinó a uno de ellos a uno de ellos, le dejó cadáver en el acto; luego acometió al otro, herido de gravedad, pudo escapar de sus manos hasta llegar a su casa, cayendo muerto en brazos de su madre. El asesino fué preso en su casa en el mismo acto que acababa de limpiar el puñal y de untarlo con aceite para que el arma no inspirase sospecha.

El ayuntamiento de Castellón de la Plana ha diri-

jido una exposición a las Cortes Constituyentes manifestando que aquella corporación ha visto con disgusto la votación que tuvo lugar el 16 de Noviembre, y que haya recaído en un príncipe extranjero.

Dicen de Valencia el 27 lo siguiente:

Parece que al tiempo de abonarse el sábado los jornales a los trabajadores que tienen ocupados el ayuntamiento en las obras para la cubierta del valladar y recomposición del camino del Grao, se les dijo que habiéndose agotado los fondos que existían en las cajas municipales, no podrían continuarse los trabajos en la próxima semana. Sentimos mucho esta determinación, por los infelices jornaleros que no cuentan con otros medios para su subsistencia.

Ayer en el tren-correo debía haber salido con dirección a Cartagena el escelentísimo señor capitán general de este distrito acompañado de varios jefes de las dependencias militares, con el objeto de recibir al nuevo rey, pero poco antes de salir se suspendió la marcha.

El Tradicional dice que en la vecina villa de Tarrente, el jueves por la noche al salir de su casa el señor Pedraza, notario de dicha villa, fué saludado con un disparo casi a quemarropa, sin que afortunadamente le hiriesen los proyectiles, que pasaron junto a su cabeza. Iba a repetir el agresor el disparo, cuando el Sr. Pedraza dejó, oír su voz, y reconoció por aquel se retiró diciendo que le había equivocado con otro. ¿Qué situación la de este pueblo!

El segundo batallón del regimiento de León, que se hallaba acantonado en la ciudad de Játiva, ha salido para la de Murcia de orden del gobierno.

Asimismo han recibido orden de dirigirse inmediatamente a Cartagena los regimientos de infantería de Granada y el Infante.

Un periódico republicano da cuenta de algunos abusos que dice se cometen en el inmediato pueblo de Ruzafa, y entre ellos de que se está cobrando el segundo reparto municipal sin haber sido aprobado antes por la junta de asociados. Si es cierto, creemos que no lo consentirán las autoridades superiores.

El domingo ocurrió una coincidencia estraña en los trenes descendentes que viniendo de Madrid y de Barcelona se dirigían a esta población. El correo de Madrid descarriló al salir del apostadero de Puente la Higuera, y el de Barcelona, poco antes de llegar a Benicarló.

El tiempo ha sido malo en todas partes durante los días de Pascua, pues en unas provincias ha llovido, en otras ha nevado, y en muchas se ha dejado sentir un frío grande.

Afirmar algunos periódicos de provincia que el desarrollo de la viruela maligna en determinadas localidades, ha sido ocasionado por los graves abusos que cometieran los espendedores de carnes.

En el observatorio de San Fernando se han podido sacar hasta 32 fotografías del eclipse de sol y un cierto número de observaciones generales, a pesar de que las nubes impidieron hacer observaciones generales.

En Cadix, Puerto de Santa María, Jerez y Sanlúcar, las circunstancias atmosféricas fueron poco diferentes a las de San Fernando; no obstante, en Cadix y Jerez, según las noticias que hemos recibido, pudo disfrutarse de la totalidad por completo, y poco menos en Sanlúcar y Puerto de Santa María, y en todos estos puntos se han hecho algunas observaciones útiles.

El domingo se celebró en la iglesia de Santa María la Coronada, de Gibraltar, un meeting de todos los católicos, con el objeto de protestar contra la invasión italiana de los Estados Pontificios.

Han regresado a Zaragoza varios jóvenes, hijos de esta provincia, que fueron a Francia a ponerse a las órdenes del general Garibaldi.

Los franceses residentes en Valladolid celebrarán el jueves una función religiosa por el descanso de las almas de sus compatriotas muertos en la guerra actual, y para pedir al cielo los auxilios en las necesidades presentes.

El lunes se notó entre los republicanos de Béjar alguna agitación, pero creen que el orden no se alterará.

CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 28 de Diciembre de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesión a las cuatro, y leída el acta de la anterior por el señor secretario Llano y Persi, fué aprobada.

Las Cortes quedaron enteradas de tres comunicaciones del gobierno dando cuenta de los decretos en que se nombra ministro de Estado e Interior de la Guerra con la presidencia del Consejo al Sr. D. Juan Bautista Topete, y de Ultramar al Sr. D. Adelardo López de Ayala.

Igualmente lo quedaron de que la comisión nombrada para dar dictamen sobre la proposición de ley relativa a la prórroga para la construcción del ferrocarril de Campillos a Granada se había constituido nombrando su presidente y secretario.

Así mismo se dió cuenta, y las Cortes quedaron enteradas de los objetos de que se habían ocupado las secciones en el día de ayer, y de que los Sres. Lorenzana, Romero Ortiz, Ríos Rosas y Calderón Collantes no podían asistir a la sesión por hallarse enfermos.

El señor presidente interino del CONSEJO DE MINISTROS (Topete): Señores diputados: no hace aún cinco días que yo desde los bancos de la oposición decía a mi país lo que leal y noblemente creía, según las circunstancias del mismo me aconsejaban y mi situación especialísima me imponía.

Vengo, señores, hoy a explicar la causa porque me encuentro transitoriamente en este sitio.

La causa es la explicareis todos vosotros. Un grave atentado, un crimen horrendo se ha cometido ayer. Al saber yo que mi ilustre amigo el señor general Prim había sido objeto de ese atentado, yo, señores, sentí herida la revolución, sentí herida la libertad de mi patria, sentí herida la honra nacional; y al ver herida esa revolución, yo tan orgullosamente enarbolarla su bandera desde aquel sitio el otro día, vengo hoy a levantarme desde este banco y a abrazarme a ella con mas entusiasmo que nunca.

Al saber yo ese atentado, me fui a la casa del señor presidente del Consejo; y al ver yo ensangrentado el cuerpo de uno de los hombres mas eminentes de la revolución, a quien yo había dado acogida en el puente de la Zaragoza; al oír la voz de S. A. el regente del reino que me alargaba una mano para alzar el principio de la revolución, yo no pude menos de atender al fin las súplicas que se me hacían en momentos de aflicción y para atender a circunstancias gravísimas.

Yo, señores, me debo a mi país, yo me debo a mi patria; según he proclamado aquí cien veces: vengo, pues, aquí a cumplir un deber de honra. Pero este at-

tento que me hallo en estos momentos, no me releva de ninguna de las resoluciones que anteriormente he tomado; no me hace abdicar de ninguna de mis creencias, simpatías y propósitos.

Yo sigo en el mismo pensamiento; pero aquí tengo un mandato como hombre de la revolución, y como hombre que me debo a mi país; y yo vengo a sostener en este puesto el voto legal de la Cámara constituyente. (Aplausos.)

Yo, que sigo teniendo las mismas convicciones sobre la elección de monarca, que antes tenía, os digo que vengo aquí a hacer cumplir la voluntad de la Cámara. Yo por lo tanto iré a buscar ese monarca que vosotros habeis elegido. (Aplausos.)

A pesar de no haberle dado mi voto, yo os aseguro que mi pecho será su escudo, y hasta que él elija la persona que debe venir a este puesto a formar gobierno, ejerciendo por primera vez su prerrogativa, de su vida os respondo con mi vida. (Apl. usos.)

Por esta misma causa tenéis aquí, señores, a mi amigo el Sr. Ayala. La Providencia ha resuelto, por lo visto, en sus inscrutables designios que los señores Ayala y Sagasta tengan que estar a milado en los momentos solemnes de la revolución.

Dichas estas palabras, yo vengo a manifestar a la Cámara lo que nosotros creemos: nosotros venimos aquí a defender la revolución, la libertad y la sociedad comprometidas. (Aplausos.) Conocemos perfectamente las circunstancias; y en el breve periodo durante el que yo pueda permanecer en este puesto, os aseguro que defenderemos todos, y defenderemos con decisión, los grandes intereses que nos están encomendados.

Pero este gobierno necesita que vosotros le robustezcáis, que nos alientéis con vuestro poderoso auxilio. Nosotros necesitamos, ante la gravedad de las circunstancias, que nos concedáis la aplicación del art. 1.º de la ley de orden público, para hacer de esta ley el uso que los sucesos tracen a los depositarios del poder público; interesados en los dones, e interesados firmemente, en sostener la libertad y los intereses sociales del país con la garantía del derecho, con el concurso de la Cámara y con el respeto de la Constitución.

¿Qué mas podré yo decir? Solo una cosa. Yo me atrevo a hacer un ruego a la Cámara, ruego que creo será escuchado con benevolencia en todos los lados de ella. Yo os pido, señores diputados, la votación definitiva de las leyes que están discutidas, y tambien os pido encarecidamente que discutiáis y votéis todas las que nos hacen falta para gobernar en estos días.

No diré una palabra mas, porque no quiero debilitar las que ya he dicho, y las que quisiera que estuviesen a la altura de las circunstancias. Vuelvo a repetir que venimos a defender los mas caros intereses de la sociedad; y en cuanto a mí, por mucho que conozca lo crítico de las circunstancias, creed que no me harán desviar de los sentimientos que recientemente y en ocasiones varias he manifestado.

Yo no dudo, señores, de la libertad; yo pienso que todos la salvaremos, si olvidando pequeñas rencillas por el momento; si olvidándonos todos, todos de nuestra aspiración particular, no nos acordamos mas que de nuestra querida patria, de esta España que tanto amo yo, y que quisiera llegar a mil siglos ilustrada con la libertad, que es la fuente de la verdadera grandeza de los pueblos. (Aplausos.)

El señor marqués de la VEGA DE ARMIJO: Pido la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Pido la palabra.

El Sr. VINADER: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: El señor marqués de la Vega de Armijo tiene la palabra.

El señor marqués de la VEGA DE ARMIJO: Señores diputados: siempre tengo una gran dificultad para dirigir mi palabra al Congreso; pero hoy es mayor por la gravedad de las circunstancias, y tanto que si no fuera porque por causas especiales no se hallan aquí personas de autoridad superior a la mía, yo no hubiera tomado la palabra en estos momentos.

Solo la ausencia de esas dignísimas personas hace que la tome, y por lo mismo, me recomiendo mas que nunca a la benevolencia del Congreso.

No pensaba levantarme mas en este sitio; al hacer ahora, quiero que mi primera palabra sea de reprobación contra esos infames asesinos que han atentado a la vida del presidente del Consejo de ministros, (Blen, bien.)

El gobierno nos tendrá a su lado para anatematizar esos crímenes, y para apoyarle en la cuestión de orden público en cuanto de nuestras débiles fuerzas dependa.

Esto no quiere decir que nosotros abdicamos en lo mas mínimo nuestras ideas políticas. Respondiendo a las generosas aspiraciones salidas del corazón del presidente interino del Consejo de ministros, yo ofrezco a S. S. nuestra débil cooperación, ofrecimiento que tambien sale de lo mas hondo de nuestro corazón.

Consté, pues, que si nosotros, que hemos sostenido lo que en conciencia creíamos que era cumplir la Constitución y el reglamento, y que habiendo visto una y otro vulnerados, pensábamos no volver a este sitio, venimos hoy nuevamente, es porque las circunstancias de la patria y la revolución, en cuyo afianzamiento estamos grandemente interesados, hacían necesaria aquí nuestra presencia en este día memorable.

Salvada así nuestra situación; y ofrecido nuestro apoyo para anatematizar los crímenes horrendos, lo mismo que a sostener al gobierno en la cuestión de orden público; salvada nuestra responsabilidad política, solo me queda pedir al señor presidente del Consejo de ministros que comprenda que no porque viles asesinos hayan atacado la personalidad de su antecesor, puede parecer en este país la libertad, y que por lo tanto, al tomar las medidas que S. S. crea prudentes para salvar a la patria, tenga siempre presente que la patria se salva mas con la libertad que con las medidas rigurosas. (Blen, muy bien.)

La ley, señores diputados, y nada mas que la ley. Confío en que no habrá una sola persona amante de la patria que no se asocié a vosotros; pero no deis siquiera el mas mínimo pretexto para que en estas críticas circunstancias no formen un haz completo los hombres de Setiembre contra los enemigos de la revolución.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Figueras tiene la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Señores diputados, como mi amigo el señor marqués de la Vega de Armijo, yo tambien habia resuelto desde el día de la proposición de que tenéis conocimiento, no pisar mas los umbrales de estas puertas; pero el lamentable acontecimiento ocurrido ayer, me ha obligado a presentarme en este sitio, y he sido designado para ello por mis dignos compañeros no por lo que yo pueda valer dentro de ella, que otros hay que valen mas y que hubieran podido elevar con mas autoridad su elocuente voz en este sitio, sino por la posición especial en que me encuentro.

Nosotros, señores, no tenemos mas que una bandera, la de la moralidad y la de la legalidad, y no puede llamarse hombre de moralidad y de legalidad el que no vaya constantemente al buen fin por buenos medios. (Blen, muy bien.) Nos otros, pues, condenamos altamente el atentado de ayer; no queremos saber quienes lo cometieron; no nos importa saberlo; sean quienes fueren, es un asesinado el que han come-

tido, y el asesinado no entra ni entrará jamás en nuestras doctrinas; los asesinos serán condenados desde estos bancos en nombre de la moralidad que encierra mas que en la idea republicana.

Y con este motivo, señores, voy a concluir recordando un hecho. Hace pocos días que se me ha echado en cara un aplauso de la mayoría, que yo por una circunstancia análoga felicité al señor presidente de las Cortes porque la reina destronada se había librado del puñal del asesino. ¿Qué direis ahora señores? Hice entonces un acto honrado: hago un acto honrado hoy también; a los que entonces se relan les diré que respondan ahora su conciencia. (Blen, bien.)

Únicamente tengo que declarar que esto no variará en nada el propósito y la conducta de la minoría, que es combatir constantemente a un gobierno que ha violado la Constitución. (Un señor diputado: en periódicos como El Combate.) La ley ha caído sobre ellos.

El Sr. PRESIDENTE: Yo suplicaría al Sr. Figueras que después de hacer la declaración que ha hecho, esperara siquiera hasta que la sesión terminase.

El Sr. VINADER tiene la palabra.

El Sr. VINADER: Poquísimas voy a pronunciar. Hace breves momentos probablemente habría hablado en un sentido muy distinto del en que ahora voy a hacerlo; entonces creí poder asociarme completamente al sentimiento vuestro; creí antes de principiar la sesión, que todos habíamos de decir una misma palabra que expresase igual sentimiento: vosotros pareceis que lamentáis la desgracia ocurrida ayer, el crimen horrendo que todos conocéis, en bien de la Constitución, de lo que vosotros llamais libertad. Nosotros lo reprobamos tambien. Esto nos ha traído aquí tambien a mis compañeros y amigos; todos habíamos pensado lo mismo; pero no para reprobarlo en nombre de la revolución, sino en nombre de la justicia honrada. Todos los asesinos, donde quiera que se encuentren, no solo contra la seguridad individual, sino tambien contra la libertad, de cualquier género que sean, vengan de donde vinieren, serán siempre por nosotros reprobados.

Tengo que manifestar lo mismo que han expresado las dignísimas personas que han hablado antes que yo. Esto no es motivo para que nosotros nos apartemos ni un solo instante de nuestro propósito, ni para que abdicuemos en nada de nuestras doctrinas. La desgracia ocurrida ayer, y que tiene otras análogas, no contribuye a otra idea sino a que nosotros nos abraemos mas estrechamente a nuestra bandera; porque todo el rigor que venga de las leyes, incluso la suspensión de las garantías constitucionales, que tiene que surgir en el primer instante no es lo que ha de salvar a la sociedad y a la patria; esto podrá darle un día de tranquilidad y de orden; lo que contribuye a salvarla no son las doctrinas disolventes, sino las que nosotros profesamos; y esto explica por que hoy con mas ardor y con mas anhelo que nunca, lamentamos las que creemos preocupaciones vuestras, y nos abrazamos mas estrechamente a lo que consideramos las únicas salvadoras doctrinas.

El señor presidente interino del CONSEJO DE MINISTROS (Topete): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El señor presidente interino del CONSEJO DE MINISTROS (Topete): El gobierno ha oído con la mayor gratitud las palabras que han salido de los labios de mi amigo particular el Sr. Figueras. No podía menos de creer la Asamblea que la posición republicana viese aquí a protestar contra el horrendo crimen que todos deploremos. Ancho y legal campo hemos dado en la Constitución para que todas las aspiraciones tengan su desarrollo natural. Usado, y usado bien, señores de enfrente.

Lo que ha dicho el Sr. Vinader es muy natural desde el punto de vista de S. S.; yo así lo creo, y desde luego estoy conforme en que todo crimen es muy deplorable y digno de reprobación.

Con respecto a las palabras dichas por mi amigo el señor marqués de la Vega de Armijo, yo solo diré una cosa; que yo sé que desde esos bancos no podrían salir mas que esas palabras; yo sabía que todos los que habíamos tenido una opinión, era una opinión leal, noble y franca; con ella creíamos hacer la felicidad del país; la mayoría de esta Cámara ha oído otra cosa, y se precisa acatar esta voluntad. Pero convénzase todos los señores diputados de que la creencia que teníamos era una creencia noble y leal, y que habíamos fijado la vista en un principio que estoy seguro de que si aquí estuviese, habría observado idéntica conducta a la que yo me he impuesto.

El Sr. PRESIDENTE: Señores diputados: yo tengo el deber por oposición, y lo siento mucho, de dirigiros la palabra. No sé si acertaré a expresar lo que siento; tales la situación de mi alma.

El señor presidente del Consejo de ministros, el general Prim, ha sido herido en el día de ayer; no sé si es grave o leve la herida, no lo quiero saber en este momento; aunque lo supiera, no lo diría desde este sitio. Pero si digo deciros que al herir al presidente del Consejo de ministros general Prim, me han herido a mí tambien; me han herido dos veces; me han herido como amigo suyo, como amigo caribao, como amigo leal, como son amigos leales y carifosos los que a pesar de las vicisitudes políticas y de la situación en que se pueden encontrar en la vida pública, no someten ni a situación ni su criterio, ni la resolución de las cuestiones que puedan surgir, exclusivamente a la causa, sino que conservan el corazón. No sé si por fortuna o por desgracia, a pesar de lo que en política me ha ocurrido, yo conservo el corazón tan entero como cuando escuchaba los consejos de mi madre y cuando me preocupaba, sin conocimiento de los hombres ni de la sociedad, de lo que decían mi familia y mis amigos.

Al mismo tiempo que me han herido en este sentimiento del cual no puedo prescindir, me han herido en otro, en el amor que yo he tenido y tengo y seguiré teniendo hasta que muera a la libertad; porque, sean los que quieran los hombres que han atentado a la vida del general Prim, sean los que quieran los inspiradores y los cómplices, no comprendo que no hayan tenido un momento de reflexión, un momento en que hayan meditado sobre lo que iban a hacer; que no hayan pensado, que no hayan visto (yo respecto a la opinión de todo el mundo, yo tengo la mía) que al herir al general Prim, herían, si no mortalmente, de una manera grave, a la revolución del 68 y a la libertad de la patria. (Blen, muy bien.)

¡Ah, señores, qué cosa tan trágica! qué situación tan terrible para los que vemos las cosas de cierto modo y sentimos lo que yo siento, la situación de ayer! ¡Qué facilísimo explicar por los que no sienten como yo, por los que no ven las cosas como nosotros las vemos!

Yo, señores, además de sentir como amigo y como liberal lo que ayer ha ocurrido al señor presidente del Consejo de Ministros, lo siento como español, porque me avergüenza que mientras tantos tiranos y tantos tiranuelos y tantos hombres pequeños como han existido en esta patria, que han hollado todas las libertades, que han conculcado todos los principios y que se han burlado de todas las aspiraciones, de todas las ideas y todas las instituciones, incluso las mas altas, han sido respetados y adulados, y han estado tranquilamente desmenuzando sus puestos, lo cual aplaudiría yo sin reserva alguna si fuera virtud de los oprimidos y no tumor que inspirasen los opresores; el hombre que, cualquiera que sea la opinión que vos-

otros tengais de él, ha consagrado su vida al servicio de la libertad y de la patria, se haya visto víctima ayer de un atentado que por sus circunstancias, por los momentos en que ha ocurrido, por las precauciones que se han tomado para perpetrarlo, no tiene ejemplo en la historia de ningún país del mundo. Yo no lo quiero explicar, porque no es este el momento de hacerlo, siquiera sea por consideración a su familia, por consideración a sus amigos y dejando aparte la cuestión política.

Es triste y doloroso, señores diputados, que aquí, en la situación en que estamos, alabo de los dos años que llevamos de revolución, del ejercicio más amplio y más completo de los derechos individuales, suceda lo que ha sucedido en el día de ayer, después de haber preparado la opinión (no hago alusiones de ninguna clase a ningún partido, a ninguna fracción) llamando cobarde al héroe de los Castillejos, llamando mal español al hombre de Méjico, y llamando tirano al hombre que todo lo ha sacrificado: tranquilidad, fortuna y vida, en obsequio de la libertad. (Grandes aplausos.) Así es como ha venido la tentativa de ayer; así es como se ha preparado el asesinato de ayer; se puede protestar, se puede decir todo lo que se quiera, todo lo que cumple al que habla peor ó mejor, ó el que se halla en esta situación ó en la otra, respecto del acto material de ayer; pero respecto de lo que ha ocurrido anteriormente, respecto de los medios que se han empleado para hacer odioso a la opinión al general Prim, al presidente del Consejo de ministros, respecto de las retenciones, de los folletos, de los periódicos, de las hojas sueltas, para convencer al pueblo español de que él era el único enemigo de la libertad, cuando no era más que enemigo de lo que luego diré, respecto de eso no cabe disculpa, porque los asesinatos de la manera que ha venido el día de ayer, no se preparan en un momento, necesitan la preparación que este ha tenido, necesitan los auxilios de que no me quiero ocupar en este momento. (Aplausos.)

Perdonadme, señores diputados; yo quisiera estar en uno de aquellos bancos para ser más explícito y más claro que lo puedo ser desde aquí, porque yo estoy luchando con el amor a la libertad, y el cariño que tengo a ese hombre y a esa familia, a quien he respetado y querido y a quien seguiré respetando y queriendo por lo mismo que se encuentra en el lecho del dolor y no sé si morirá mañana, como resalta y qui re el hombre de corazón a lo que le interesa, y sobre todo al amigo que se encuentra sumido en la desgracia.

Perdonadme si digo alguna palabra inconveniente que pueda herir a alguno de los señores diputados, que pueda lastimar a alguna de las oposiciones: como particular, yo la sostengo; como presidente, debía por retratado; yo no puedo evitar en este momento el encontrarme en esta situación, y no puedo evitar el que que no me sea posible encontrarme en el banco de los diputados... (Momentos de suspensión.)

Y voy a concluir, señores, porque no puedo continuar; los que me conocen comprenden mi situación; los que habéis estudiado mi carácter y mis condiciones, la comprendéis también; los que no la comprenden, por para ellos, porque no comprenden que en este país, aunque se sea hombre político, se puede ser hombre de corazón, amigo, ciudadano, correligionario, y tener todas las condiciones que debe tener el que está dispuesto a sacrificarse, no solo por la patria, sino por las afecciones que deben ser más caras para el hombre que vive en sociedad. Voy a concluir, señores, y lo haré diciendo que yo no sé lo que a consecuencia del acontecimiento de ayer podrá sobrevenir, podrá surgir en este país; yo no sé la situación en que los hombres de los partidos se podrán encontrar en frente de la crisis gravísima que se encuentra la patria; pero yo aconsejo a la Asamblea constituyente, a la mayoría de ella, a los hombres identificados con la revolución; yo aconsejo al pueblo español, si de algo puede servir la palabra de un hombre que, a falta de otras condiciones, tiene la condición de creerse hombre honrado y de arrostrar la impopularidad cuando hace falta, y de mendigar si necesario fuera, cuando puede prestar servicios a su país, porque solo quiero la popularidad para que a mi país le sirva, no para que me sirva a mí personalmente; yo me atrevo, digo, a aconsejar a esta Asamblea y al pueblo español que tengan hoy más vigor y energía que nunca, más resolución que nunca, no para dejarse estraviar por lo de ayer y aborrecer por esto la libertad, y creerla perjudicial suponer que debe ser combatida, sino para gritar conmigo (no sé si interpretaré vuestros sentimientos): ¡Viva la revolución! ¡Viva la libertad! ¡Viva la libertad! tal como nosotros la hemos comprendido, y tal como creo yo que la comprende el pueblo español (Estrepitosos aplausos).

Yo tengo algún motivo para saber lo que durante estos últimos días se predicaba en ciertos círculos y lo que se acordaba en ciertos sitios. La nobleza y el valor del general Prim no lo han tomado en consideración, desgraciadamente para mí que tanto lo quiero, para la libertad que tanto le necesita, y para el país que tanto le estima. Yo sé algo de lo que se ha acordado; pero desde aquí les digo a los asesinos del general Prim, a sus cómplices, a sus encubridores, a los que hayan podido aplaudir después ese atentado, que hagan lo que quieran; que obren de la manera que gusten; que al presidente de esta Asamblea, que el gobierno de S. A., que a las Cortes Constituyentes hallarán dispuestos a decir lo que decían los Girondinos en la república francesa: «¡Viva la libertad, y en lo íntimo de su alma: ¡Mueran aquellos que la combatan, que la estravian y que nos hacen venir al cadalso por quererla más que ellos, por comprenderla mejor que ellos la comprendan! (Grandes aplausos.)

Sépanlo y oiganlo lo único que a mí me ha podido afectar, lo único que he podido sentir, es ver al amigo de mi corazón, al amigo del alma, en la situación en que se encuentra. Personalmente yo sé los deberes que me impone mi cargo; y los que se sirven de esos medios, los que los inspiran, los que los aplauden después, los que tienen estas ó las otras reuniones, pero que demuestran ser antipatriotas, y sobre todo ser cobardes é indignos. (Grandes aplausos.) están seguros de que, si no quieren ensañarse con ninguno de los diputados, aquí tienen al presidente de la Cámara, a quien no se atreverán a acometer cara a cara, porque la mayor de mis satisfacciones sería morir en este puesto protestando contra los asesinos a nombre de la libertad, combatiendo, y gritando hasta el último momento de mi vida, a favor de ellos: «¡Viva la libertad!» (Grandes y prolongados aplausos.)

El Sr. SÚÑER Y CAPDEVILA: Señores diputados: Ha entrado en este recinto, llevado más por la emoción que por el deber, y por escuchar las protestas que el Sr. Figueras estaba encargado de hacer en nombre de la minoría republicana, que por otro motivo. No pensaba de modo alguno usar de la palabra; pero al oír al señor presidente de la Asamblea, y ver que al comentar el hecho infame y miserable del atentado cometido contra el general, dirigía su voz, su vista y sus acciones a estos bancos, yo me he preguntado si S. S. al hablar de encubridores, instigadores y cómplices, entendía dirigirse a los individuos de la minoría republicana. Y antes de pasar adelante y de protestar en mi nombre y en el de mis amigos contra estas que puedo llamar apocriphas, tengo necesidad de saber si realmente el señor presidente hacía alusión a nuestras personas. (Grandes aplausos.)

Por mi parte, declaro que ni ahora, ni antes, ni nunca, seré yo instigador, cómplice ni encubridor de semejantes hechos, y no tenía necesidad de hacer esta declaración; pero la insistencia con que S. S. se ha dirigido a estos bancos, me obliga a preguntar de nuevo si es que hacia alusión a nosotros; y en caso de que así sea, exijo que se escriban esas palabras y se nos dé la satisfacción debida. Ha dicho.

El Sr. PRESIDENTE: Dijo aparte la cuestión de S. S., y me felicito de sus palabras y de las del señor Figueras; pero yo he debido creer, y como tengo el valor de mis actos, más todavía en circunstancias solemnes, he debido manifestar aquí que el hecho de ayer no nace en un momento; que ha de haber habido anteriormente esas intenciones, prevenciones, conciliabulos y demás a que se acude para cometer un hecho de la naturaleza del que ha tenido lugar en momentos, en circunstancias y de la manera en que se ha cometido el de que nos ocupamos.

No me he referido a la autoría republicana. ¡Ah! si yo, queriendo como quiero al general Prim, y amando como amo la libertad, hubiera tenido el medio de decir quién había sido el instigador, cómplice ó autor, lo hubiera venido a decir aquí, para demostrarles de lo que es capaz un hombre que siente y quiere como yo. No he podido, pues, citar personas, como no he podido dirigir a nadie ni mi mirada ni nada de lo que decía el Sr. Súrner, porque no tengo pruebas. Lo que creo, lo he dicho ya, y lo repetiré, para que no se crea que es indiferente leer un periódico que predica la disolución y el asesinato. Es verdad que protestamos todos después, del mismo modo que si tenemos un lance con un amigo, expresamos nuestro sentimiento al día siguiente de haberle herido, cuando el día anterior las cuestiones de amor propio nos han obligado a no ceder a las nobles insinuaciones de nuestros padrinos.

El Sr. SÚÑER Y CAPDEVILA: Comprenderán los señores diputados que si al primer discurso del señor presidente no hubiera seguido la rectificación que acaba de hacer, la minoría republicana hubiera quedado en mal puesto ante el país; pero después de dadas esas explicaciones, he conseguido lo que deseaba, y nada más tengo que decir.

El Sr. PRESIDENTE: Voy a dar ahora una explicación que no había querido dar antes. Yo agrá exco con toda mi alma las explicaciones que ha dado el señor Súrner y me alegraría de que las aceptasen los redactores de *El Combate* (Bien, bien), de los que veo uno en este recinto.

El Sr. CALA: Señores diputados: alguna vez antes de ahora se ha hecho alusión en la Cámara al periódico *El Combate*, a cuya cabeza aparecía yo como uno de sus redactores, y no me he creído autorizado para dar explicación alguna relativa a la marcha del periódico.

En este momento sé muy sobrio, porque podría parecer que envolvía cierto género de cobardía, aunque la llamo plausible, el que se dedicara a ese periódico toda participación en la conducta de ese periódico. Todos los que me conocen, saben como yo habré escrito; pero en todo lo que se refiere al asesinato, que rechaza la conciencia, y la mía en particular, yo mucho menos podría dejar de manifestar en esta ocasión los sentimientos que siempre he manifestado; creo que con esto, y con adherirme a lo expuesto por los señores Figueras y Súrner, ha dicho bastante sobre este punto.

El Sr. PRESIDENTE: Estimo en lo que vale la declaración del Sr. Cala; pero me queda el sentimiento de no ver aquí algunos otros señores diputados. Redactores de ese periódico, para que hubieran repugnado lo que los señores Cala y Súrner repugnan.

Se dio cuenta de la siguiente

Proposición incidental.

«Pedimos a las Cortes se sirvan declarar que ha visto con profundo sentimiento el atentado cometido contra el marqués de los Castillejos, presidente del Consejo de ministros, y que con fondo en el patriotismo de S. A. el regente, del presidente de las Cortes y del gobierno, están dispuestos a dar todo su apoyo en defensa de los intereses de la revolución y de la sociedad.»

Palacio del Congreso 23 de Diciembre de 1870.—Cristino Martos.—Eduardo Gasset y Artine.—Francisco Santa Cruz.—Francisco Romero Robledo.—Santiago Diego Madrazo.—Teleforo Montejo.—Alvaro Gil Sanz.

El Sr. ROMERO ROBLEDLO: Debo comenzar haciendo una advertencia. Cuando yo he firmado esa proposición, decía: «Para defender los altísimos intereses de la sociedad, en primer término; y después, la revolución y la libertad»; ha sufrido una alteración, sin duda porque ha sido un borrador lo que yo di; pero conste esto.

Por lo demás, la proposición se defende por sí misma, porque todos los hombres honrados están conformes en asociarse al sentimiento que se manifiesta con motivo del atentado contra el general Prim; y todos los señores diputados, sin diferencia de opiniones, conformes en excoer semejante atentado.

(Varios señores diputados piden la palabra.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (García Gomez): Aunque el curso de esta proposición exigía que se tomara ahora en consideración, creo que las circunstancias me autorizan para conceder la palabra a los señores que la han pedido.

La tiene ahora el Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: Esta proposición envuelve dos cosas: un acto de rehabilitación contra los que han intentado el asesinato del general Prim, y un voto de confianza al gobierno. Yo no me arrepiento de lo que antes dije; pero como estas colectividades son susceptibles de vértigos, voy a hacer a la Cámara un recuerdo. Un asesino dirigió contra Luis Felipe una máquina infernal que hizo infinita de víctimas, y entonces el gobierno y los partidos que le apoyaban inventaron algo de eso de que ha hablado el señor presidente de la Cámara; la complicidad moral de la prensa, de los diputados y de los hombres públicos contrarios a aquel gobierno. Yo os recuerdo este dato histórico, para que no os dejéis alucinar por el vértigo, pues actos como el que se condena no pertenecen a ningún partido.

Nosotros votaríamos la primera parte de la proposición; pero no la segunda, porque en nada se roza con el hecho que condenamos.

El señor ministro de HACIENDA: El recuerdo del Sr. Figueras es ofensivo para nosotros, y al levantarme a rechazarle debo a mí vez tomar del tristísimo suceso de ayer otra enseñanza para S. S. Nosotros, mayoría y gobierno, ni juntos ni separados somos capaces de inventar complicidades; que bastante claras están las causas, y los caminos por donde viene el mal, para tener que inventarlos. Nosotros lo que hacemos es presentar a la Cámara los hechos, y cuando el presidente del Consejo ha declarado que viene a gobernar con la Constitución, la libertad y la Cámara, nadie tiene derecho para suponer que iremos más allá ó que inventaremos aquello que podemos decir francamente al oído de todo hombre honrado.

Pero ya que S. S. nos recuerda en son de enseñanza un hecho histórico para decir que de crímenes como el que lamentamos no se puede hacer responsable a una colectividad ó a un partido, yo a mí vez debo contar a S. S. también como he oído para su saber, que todos los partidos tienen obligación de evitar que nunca ni por su silencio se pueda creer que tienen ni siquiera un filamento, por pequeño que sea, en semejantes atentados. (Bien, muy bien.)

Por último S. S. que le de un consejo. Protestamos contra el hecho que se ha cometido, pero no lo tenemos que hacer esta declaración; pero la insistencia con que S. S. se ha dirigido a estos bancos, me obliga a preguntar de nuevo si es que hacia alusión a nosotros; y en caso de que así sea, exijo que se escriban esas palabras y se nos dé la satisfacción debida. Ha dicho.

El Sr. PRESIDENTE: Dijo aparte la cuestión de S. S., y me felicito de sus palabras y de las del señor Figueras; pero yo he debido creer, y como tengo el valor de mis actos, más todavía en circunstancias solemnes, he debido manifestar aquí que el hecho de ayer no nace en un momento; que ha de haber habido anteriormente esas intenciones, prevenciones, conciliabulos y demás a que se acude para cometer un hecho de la naturaleza del que ha tenido lugar en momentos, en circunstancias y de la manera en que se ha cometido el de que nos ocupamos.

No me he referido a la autoría republicana. ¡Ah! si yo, queriendo como quiero al general Prim, y amando como amo la libertad, hubiera tenido el medio de decir quién había sido el instigador, cómplice ó autor, lo hubiera venido a decir aquí, para demostrarles de lo que es capaz un hombre que siente y quiere como yo. No he podido, pues, citar personas, como no he podido dirigir a nadie ni mi mirada ni nada de lo que decía el Sr. Súrner, porque no tengo pruebas. Lo que creo, lo he dicho ya, y lo repetiré, para que no se crea que es indiferente leer un periódico que predica la disolución y el asesinato. Es verdad que protestamos todos después, del mismo modo que si tenemos un lance con un amigo, expresamos nuestro sentimiento al día siguiente de haberle herido, cuando el día anterior las cuestiones de amor propio nos han obligado a no ceder a las nobles insinuaciones de nuestros padrinos.

El Sr. SÚÑER Y CAPDEVILA: Comprenderán los señores diputados que si al primer discurso del señor presidente no hubiera seguido la rectificación que acaba de hacer, la minoría republicana hubiera quedado en mal puesto ante el país; pero después de dadas esas explicaciones, he conseguido lo que deseaba, y nada más tengo que decir.

El Sr. PRESIDENTE: Voy a dar ahora una explicación que no había querido dar antes. Yo agrá exco con toda mi alma las explicaciones que ha dado el señor Súrner y me alegraría de que las aceptasen los redactores de *El Combate* (Bien, bien), de los que veo uno en este recinto.

El Sr. CALA: Señores diputados: alguna vez antes de ahora se ha hecho alusión en la Cámara al periódico *El Combate*, a cuya cabeza aparecía yo como uno de sus redactores, y no me he creído autorizado para dar explicación alguna relativa a la marcha del periódico.

En este momento sé muy sobrio, porque podría parecer que envolvía cierto género de cobardía, aunque la llamo plausible, el que se dedicara a ese periódico toda participación en la conducta de ese periódico. Todos los que me conocen, saben como yo habré escrito; pero en todo lo que se refiere al asesinato, que rechaza la conciencia, y la mía en particular, yo mucho menos podría dejar de manifestar en esta ocasión los sentimientos que siempre he manifestado; creo que con esto, y con adherirme a lo expuesto por los señores Figueras y Súrner, ha dicho bastante sobre este punto.

El Sr. PRESIDENTE: Estimo en lo que vale la declaración del Sr. Cala; pero me queda el sentimiento de no ver aquí algunos otros señores diputados. Redactores de ese periódico, para que hubieran repugnado lo que los señores Cala y Súrner repugnan.

Se dio cuenta de la siguiente

Proposición incidental.

«Pedimos a las Cortes se sirvan declarar que ha visto con profundo sentimiento el atentado cometido contra el marqués de los Castillejos, presidente del Consejo de ministros, y que con fondo en el patriotismo de S. A. el regente, del presidente de las Cortes y del gobierno, están dispuestos a dar todo su apoyo en defensa de los intereses de la revolución y de la sociedad.»

Palacio del Congreso 23 de Diciembre de 1870.—Cristino Martos.—Eduardo Gasset y Artine.—Francisco Santa Cruz.—Francisco Romero Robledo.—Santiago Diego Madrazo.—Teleforo Montejo.—Alvaro Gil Sanz.

El Sr. ROMERO ROBLEDLO: Debo comenzar haciendo una advertencia. Cuando yo he firmado esa proposición, decía: «Para defender los altísimos intereses de la sociedad, en primer término; y después, la revolución y la libertad»; ha sufrido una alteración, sin duda porque ha sido un borrador lo que yo di; pero conste esto.

Por lo demás, la proposición se defende por sí misma, porque todos los hombres honrados están conformes en asociarse al sentimiento que se manifiesta con motivo del atentado contra el general Prim; y todos los señores diputados, sin diferencia de opiniones, conformes en excoer semejante atentado.

(Varios señores diputados piden la palabra.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (García Gomez): Aunque el curso de esta proposición exigía que se tomara ahora en consideración, creo que las circunstancias me autorizan para conceder la palabra a los señores que la han pedido.

La tiene ahora el Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: Esta proposición envuelve dos cosas: un acto de rehabilitación contra los que han intentado el asesinato del general Prim, y un voto de confianza al gobierno. Yo no me arrepiento de lo que antes dije; pero como estas colectividades son susceptibles de vértigos, voy a hacer a la Cámara un recuerdo. Un asesino dirigió contra Luis Felipe una máquina infernal que hizo infinita de víctimas, y entonces el gobierno y los partidos que le apoyaban inventaron algo de eso de que ha hablado el señor presidente de la Cámara; la complicidad moral de la prensa, de los diputados y de los hombres públicos contrarios a aquel gobierno. Yo os recuerdo este dato histórico, para que no os dejéis alucinar por el vértigo, pues actos como el que se condena no pertenecen a ningún partido.

Nosotros votaríamos la primera parte de la proposición; pero no la segunda, porque en nada se roza con el hecho que condenamos.

El señor ministro de HACIENDA: El recuerdo del Sr. Figueras es ofensivo para nosotros, y al levantarme a rechazarle debo a mí vez tomar del tristísimo suceso de ayer otra enseñanza para S. S. Nosotros, mayoría y gobierno, ni juntos ni separados somos capaces de inventar complicidades; que bastante claras están las causas, y los caminos por donde viene el mal, para tener que inventarlos. Nosotros lo que hacemos es presentar a la Cámara los hechos, y cuando el presidente del Consejo ha declarado que viene a gobernar con la Constitución, la libertad y la Cámara, nadie tiene derecho para suponer que iremos más allá ó que inventaremos aquello que podemos decir francamente al oído de todo hombre honrado.

Pero ya que S. S. nos recuerda en son de enseñanza un hecho histórico para decir que de crímenes como el que lamentamos no se puede hacer responsable a una colectividad ó a un partido, yo a mí vez debo contar a S. S. también como he oído para su saber, que todos los partidos tienen obligación de evitar que nunca ni por su silencio se pueda creer que tienen ni siquiera un filamento, por pequeño que sea, en semejantes atentados. (Bien, muy bien.)

Por último S. S. que le de un consejo. Protestamos contra el hecho que se ha cometido, pero no lo tenemos que hacer esta declaración; pero la insistencia con que S. S. se ha dirigido a estos bancos, me obliga a preguntar de nuevo si es que hacia alusión a nosotros; y en caso de que así sea, exijo que se escriban esas palabras y se nos dé la satisfacción debida. Ha dicho.

El Sr. PRESIDENTE: Dijo aparte la cuestión de S. S., y me felicito de sus palabras y de las del señor Figueras; pero yo he debido creer, y como tengo el valor de mis actos, más todavía en circunstancias solemnes, he debido manifestar aquí que el hecho de ayer no nace en un momento; que ha de haber habido anteriormente esas intenciones, prevenciones, conciliabulos y demás a que se acude para cometer un hecho de la naturaleza del que ha tenido lugar en momentos, en circunstancias y de la manera en que se ha cometido el de que nos ocupamos.

No me he referido a la autoría republicana. ¡Ah! si yo, queriendo como quiero al general Prim, y amando como amo la libertad, hubiera tenido el medio de decir quién había sido el instigador, cómplice ó autor, lo hubiera venido a decir aquí, para demostrarles de lo que es capaz un hombre que siente y quiere como yo. No he podido, pues, citar personas, como no he podido dirigir a nadie ni mi mirada ni nada de lo que decía el Sr. Súrner, porque no tengo pruebas. Lo que creo, lo he dicho ya, y lo repetiré, para que no se crea que es indiferente leer un periódico que predica la disolución y el asesinato. Es verdad que protestamos todos después, del mismo modo que si tenemos un lance con un amigo, expresamos nuestro sentimiento al día siguiente de haberle herido, cuando el día anterior las cuestiones de amor propio nos han obligado a no ceder a las nobles insinuaciones de nuestros padrinos.

El Sr. SÚÑER Y CAPDEVILA: Comprenderán los señores diputados que si al primer discurso del señor presidente no hubiera seguido la rectificación que acaba de hacer, la minoría republicana hubiera quedado en mal puesto ante el país; pero después de dadas esas explicaciones, he conseguido lo que deseaba, y nada más tengo que decir.

El Sr. PRESIDENTE: Voy a dar ahora una explicación que no había querido dar antes. Yo agrá exco con toda mi alma las explicaciones que ha dado el señor Súrner y me alegraría de que las aceptasen los redactores de *El Combate* (Bien, bien), de los que veo uno en este recinto.

El Sr. CALA: Señores diputados: alguna vez antes de ahora se ha hecho alusión en la Cámara al periódico *El Combate*, a cuya cabeza aparecía yo como uno de sus redactores, y no me he creído autorizado para dar explicación alguna relativa a la marcha del periódico.

En este momento sé muy sobrio, porque podría parecer que envolvía cierto género de cobardía, aunque la llamo plausible, el que se dedicara a ese periódico toda participación en la conducta de ese periódico. Todos los que me conocen, saben como yo habré escrito; pero en todo lo que se refiere al asesinato, que rechaza la conciencia, y la mía en particular, yo mucho menos podría dejar de manifestar en esta ocasión los sentimientos que siempre he manifestado; creo que con esto, y con adherirme a lo expuesto por los señores Figueras y Súrner, ha dicho bastante sobre este punto.

El Sr. PRESIDENTE: Estimo en lo que vale la declaración del Sr. Cala; pero me queda el sentimiento de no ver aquí algunos otros señores diputados. Redactores de ese periódico, para que hubieran repugnado lo que los señores Cala y Súrner repugnan.

Se dio cuenta de la siguiente

Proposición incidental.

«Pedimos a las Cortes se sirvan declarar que ha visto con profundo sentimiento el atentado cometido contra el marqués de los Castillejos, presidente del Consejo de ministros, y que con fondo en el patriotismo de S. A. el regente, del presidente de las Cortes y del gobierno, están dispuestos a dar todo su apoyo en defensa de los intereses de la revolución y de la sociedad.»

Palacio del Congreso 23 de Diciembre de 1870.—Cristino Martos.—Eduardo Gasset y Artine.—Francisco Santa Cruz.—Francisco Romero Robledo.—Santiago Diego Madrazo.—Teleforo Montejo.—Alvaro Gil Sanz.

El Sr. ROMERO ROBLEDLO: Debo comenzar haciendo una advertencia. Cuando yo he firmado esa proposición, decía: «Para defender los altísimos intereses de la sociedad, en primer término; y después, la revolución y la libertad»; ha sufrido una alteración, sin duda porque ha sido un borrador lo que yo di; pero conste esto.

Por lo demás, la proposición se defende por sí misma, porque todos los hombres honrados están conformes en asociarse al sentimiento que se manifiesta con motivo del atentado contra el general Prim; y todos los señores diputados, sin diferencia de opiniones, conformes en excoer semejante atentado.

(Varios señores diputados piden la palabra.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (García Gomez): Aunque el curso de esta proposición exigía que se tomara ahora en consideración, creo que las circunstancias me autorizan para conceder la palabra a los señores que la han pedido.

La tiene ahora el Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: Esta proposición envuelve dos cosas: un acto de rehabilitación contra los que han intentado el asesinato del general Prim, y un voto de confianza al gobierno. Yo no me arrepiento de lo que antes dije; pero como estas colectividades son susceptibles de vértigos, voy a hacer a la Cámara un recuerdo. Un asesino dirigió contra Luis Felipe una máquina infernal que hizo infinita de víctimas, y entonces el gobierno y los partidos que le apoyaban inventaron algo de eso de que ha hablado el señor presidente de la Cámara; la complicidad moral de la prensa, de los diputados y de los hombres públicos contrarios a aquel gobierno. Yo os recuerdo este dato histórico, para que no os dejéis alucinar por el vértigo, pues actos como el que se condena no pertenecen a ningún partido.

Nosotros votaríamos la primera parte de la proposición; pero no la segunda, porque en nada se roza con el hecho que condenamos.

El señor ministro de HACIENDA: El recuerdo del Sr. Figueras es ofensivo para nosotros, y al levantarme a rechazarle debo a mí vez tomar del tristísimo suceso de ayer otra enseñanza para S. S. Nosotros, mayoría y gobierno, ni juntos ni separados somos capaces de inventar complicidades; que bastante claras están las causas, y los caminos por donde viene el mal, para tener que inventarlos. Nosotros lo que hacemos es presentar a la Cámara los hechos, y cuando el presidente del Consejo ha declarado que viene a gobernar con la Constitución, la libertad y la Cámara, nadie tiene derecho para suponer que iremos más allá ó que inventaremos aquello que podemos decir francamente al oído de todo hombre honrado.

Pero ya que S. S. nos recuerda en son de enseñanza un hecho histórico para decir que de crímenes como el que lamentamos no se puede hacer responsable a una colectividad ó a un partido, yo a mí vez debo contar a S. S. también como he oído para su saber, que todos los partidos tienen obligación de evitar que nunca ni por su silencio se pueda creer que tienen ni siquiera un filamento, por pequeño que sea, en semejantes atentados. (Bien, muy bien.)

Por último S. S. que le de un consejo. Protestamos contra el hecho que se ha cometido, pero no lo tenemos que hacer esta declaración; pero la insistencia con que S. S. se ha dirigido a estos bancos, me obliga a preguntar de nuevo si es que hacia alusión a nosotros; y en caso de que así sea, exijo que se escriban esas palabras y se nos dé la satisfacción debida. Ha dicho.

El Sr. PRESIDENTE: Dijo aparte la cuestión de S. S., y me felicito de sus palabras y de las del señor Figueras; pero yo he debido creer, y como tengo el valor de mis actos, más todavía en circunstancias solemnes, he debido manifestar aquí que el hecho de ayer no nace en un momento; que ha de haber habido anteriormente esas intenciones, prevenciones, conciliabulos y demás a que se acude para cometer un hecho de la naturaleza del que ha tenido lugar en momentos, en circunstancias y de la manera en que se ha cometido el de que nos ocupamos.

No me he referido a la autoría republicana. ¡Ah! si yo, queriendo como quiero al general Prim, y amando como amo la libertad, hubiera tenido el medio de decir quién había sido el instigador, cómplice ó autor, lo hubiera venido a decir aquí, para demostrarles de lo que es capaz un hombre que siente y quiere como yo. No he podido, pues, citar personas, como no he podido dirigir a nadie ni mi mirada ni nada de lo que decía el Sr. Súrner, porque no tengo pruebas. Lo que creo, lo he dicho ya, y lo repetiré, para que no se crea que es indiferente leer un periódico que predica la disolución y el asesinato. Es verdad que protestamos todos después, del mismo modo que si tenemos un lance con un amigo, expresamos nuestro sentimiento al día siguiente de haberle herido, cuando el día anterior las cuestiones de amor propio nos han obligado a no ceder a las nobles insinuaciones de nuestros padrinos.

El Sr. SÚÑER Y CAPDEVILA: Comprenderán los señores diputados que si al primer discurso del señor presidente no hubiera seguido la rectificación que acaba de hacer, la minoría republicana hubiera quedado en mal puesto ante el país; pero después de dadas esas explicaciones, he conseguido lo que deseaba, y nada más tengo que decir.

El Sr. PRESIDENTE: Voy a dar ahora una explicación que no había querido dar antes. Yo agrá exco con toda mi alma las explicaciones que ha dado el señor Súrner y me alegraría de que las aceptasen los redactores de *El Combate* (Bien, bien), de los que veo uno en este recinto.

El Sr. CALA: Señores diputados: alguna vez antes de ahora se ha hecho alusión en la Cámara al periódico *El Combate*, a cuya cabeza aparecía yo como uno de sus redactores, y no me he creído autorizado para dar explicación alguna relativa a la marcha del periódico.

En este momento sé muy sobrio, porque podría parecer que envolvía cierto género de cobardía, aunque la llamo plausible, el que se dedicara a ese periódico toda participación en la conducta de ese periódico. Todos los que me conocen, saben como yo habré escrito; pero en todo lo que se refiere al asesinato, que rechaza la conciencia, y la mía en particular, yo mucho menos podría dejar de manifestar en esta ocasión los sentimientos que siempre he manifestado; creo que con esto, y con adherirme a lo expuesto por los señores Figueras y Súrner, ha dicho bastante sobre este punto.

El Sr. PRESIDENTE: Estimo en lo que vale la declaración del Sr. Cala; pero me queda el sentimiento de no ver aquí algunos otros señores diputados. Redactores de ese periódico, para que hubieran repugnado lo que los señores Cala y Súrner repugnan.

Se dio cuenta de la siguiente

Proposición incidental.

«Pedimos a las Cortes se sirvan declarar que ha visto con profundo sentimiento el atentado cometido contra el marqués de los Castillejos, presidente del Consejo de ministros, y que con fondo en el patriotismo de S. A. el regente, del presidente de las Cortes y del gobierno, están dispuestos a dar todo su apoyo en defensa de los intereses de la revolución y de la sociedad.»

Palacio del Congreso 23 de Diciembre de 1870.—Cristino Martos.—Eduardo Gasset y Artine.—Francisco Santa Cruz.—Francisco Romero Robledo.—Santiago Diego Madrazo.—Teleforo Montejo.—Alvaro Gil Sanz.

El Sr. ROMERO ROBLEDLO: Debo comenzar haciendo una advertencia. Cuando yo he firmado esa proposición, decía: «Para defender los altísimos intereses de la sociedad, en primer término; y después, la revolución y la libertad»; ha sufrido una alteración, sin duda porque ha sido un borrador lo que yo di; pero conste esto.

Por lo demás, la proposición se defende por sí misma, porque todos los hombres honrados están conformes en asociarse al sentimiento que se manifiesta con motivo del atentado contra el general Prim; y todos los señores diputados, sin diferencia de opiniones, conformes en excoer semejante atentado.

(Varios señores diputados piden la palabra.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (García Gomez): Aunque el curso de esta proposición exigía que se tomara ahora en consideración, creo que las circunstancias me autorizan para conceder la palabra a los señores que la han pedido.

La tiene ahora el Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: Esta proposición envuelve dos cosas: un acto de rehabilitación contra los que han intentado el asesinato del general Prim, y un voto de confianza al gobierno. Yo no me arrepiento de lo que antes dije; pero como estas colectividades son susceptibles de vértigos, voy a hacer a la Cámara un recuerdo. Un asesino dirigió contra Luis Felipe una máquina infernal que hizo infinita de víctimas, y entonces el gobierno y los partidos que le apoyaban inventaron algo de eso de que ha hablado el señor presidente de la Cámara; la complicidad moral de la prensa, de los diputados y de los hombres públicos contrarios a aquel gobierno. Yo os recuerdo este dato histórico, para que no os dejéis alucinar por el vértigo, pues actos como el que se condena no pertenecen a ningún partido.

Nosotros votaríamos la primera parte de la proposición; pero no la segunda, porque en nada se roza con el hecho que condenamos.

El señor ministro de HACIENDA: El recuerdo del Sr. Figueras es ofensivo para nosotros, y al levantarme a rechazarle debo a mí vez tomar del tristísimo suceso de ayer otra enseñanza para S. S. Nosotros, mayoría y gobierno, ni juntos ni separados somos capaces de inventar complicidades; que bastante claras están las causas, y los caminos por donde viene el mal, para tener que inventarlos. Nosotros lo que hacemos es presentar a la Cámara los hechos, y cuando el presidente del Consejo ha declarado que viene a gobernar con la Constitución, la libertad y la Cámara, nadie tiene derecho para suponer que iremos más allá ó que inventaremos aquello que podemos decir francamente al oído de todo hombre honrado.

Pero ya que S. S. nos recuerda en son de enseñanza un hecho histórico para decir que de crímenes como el que lamentamos no se puede hacer responsable a una colectividad ó a un partido, yo a mí vez debo contar a S. S. también como he oído para su saber, que todos los partidos tienen obligación de evitar que nunca ni por su silencio se pueda creer que tienen ni siquiera un filamento, por pequeño que sea, en semejantes atentados. (Bien, muy bien.)

Por último S. S. que le de un consejo. Protestamos contra el hecho que se ha cometido, pero no lo tenemos que hacer esta declaración; pero la insistencia con que S. S. se ha dirigido a estos bancos, me obliga a preguntar de nuevo si es que hacia alusión a nosotros; y en caso de que así sea, exijo que se escriban esas palabras y se nos dé la satisfacción debida. Ha dicho.

El Sr. PRESIDENTE: Dijo aparte la cuestión de S. S., y me felicito de sus palabras y de las del señor Figueras; pero yo he debido creer, y como tengo el valor de mis actos, más todavía en circunstancias solemnes, he debido manifestar aquí que el hecho de ayer no nace en un momento; que ha de haber habido anteriormente esas intenciones, prevenciones, conciliabulos y demás a que se acude para cometer un hecho de la naturaleza del que ha tenido lugar en momentos, en circunstancias y de la manera en que se ha cometido el de que nos ocupamos.

No me he referido a la autoría republicana. ¡Ah! si yo, queriendo como quiero al general Prim, y amando como amo la libertad, hubiera tenido el medio de decir quién había sido el instigador, cómplice ó autor, lo hubiera venido a decir aquí, para demostrarles de lo que es capaz un hombre que siente y quiere como yo. No he podido, pues, citar personas, como no he podido dirigir a nadie ni mi mirada ni nada de lo que decía el Sr. Súrner, porque no tengo pruebas. Lo que creo, lo he dicho ya, y lo repetiré, para que no se crea que es indiferente leer un periódico que predica la disolución y el asesinato. Es verdad que protestamos todos después, del mismo modo que si tenemos un lance con un amigo, expresamos nuestro sentimiento al día siguiente de haberle herido, cuando el día anterior las cuestiones de amor propio nos han obligado a no ceder a las nobles insinuaciones de nuestros padrinos.

El Sr. SÚÑER Y CAPDEVILA: Comprenderán los señores diputados que si al primer discurso del señor presidente no hubiera seguido la rectificación que acaba de hacer, la minoría republicana hubiera quedado en mal puesto ante el país; pero después de dadas esas explicaciones, he conseguido lo que deseaba, y nada más tengo que decir.

El Sr. PRESIDENTE: Voy a dar ahora una explicación que no había querido dar antes. Yo agrá exco con toda mi alma las explicaciones que ha dado el señor Súrner y me alegraría de que las aceptasen los redactores de *El Combate* (Bien, bien), de los que veo uno en este recinto.

El Sr. CALA: Señores diputados: alguna vez antes de ahora se ha hecho alusión en la Cámara al periódico *El Combate*, a cuya cabeza aparecía yo como uno de sus redactores, y no me he creído autorizado para dar explicación alguna relativa a la marcha del periódico.

En este momento sé muy sobrio, porque podría parecer que envolvía cierto género de cobardía, aunque la llamo plausible, el que se dedicara a ese periódico toda participación en la conducta de ese periódico. Todos los que me conocen, saben como yo habré escrito; pero en todo lo que se refiere al asesinato, que rechaza la conciencia, y la mía en particular, yo mucho menos podría dejar de manifestar